

#2
Julio
2022

El Estado en debate

Estados, guerra
y militarización
SEGUNDA PARTE

Boletín del
Grupo de Trabajo
Estados en disputa



PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

Héctor Testa Ferreira
Diego Castro
Josefina Torres
Hernán Ouviaña
Martín Baña
Francesco Sticchi
Rosa Luxemburgo

El Estado en debate : Estados, guerra y militarización no. 2 / Héctor Testa Ferreira... [et al.] ; coordinación general de Hernán Ouviaña ; Sandra Carolina Bautista Bautista ; Anahí Durand Guevara.- 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2022.

Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-243-3

1. Violencia. 2. Represión. 3. Guerras. I. Testa Ferreira, Héctor. II. Ouviaña, Hernán, coord. III. Bautista Bautista, Sandra Carolina, coord. IV. Durand Guevara, Anahí, coord.

CDD 303.66



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemanni - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial

Equipo

Natalia Gianatelli - Coordinadora

Cecilia Gofman, Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Sofía Torres,

Teresa Arteaga y Ulises Rubinschik

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> |

<www.clacso.org>



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi.

La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Coordinadorxs

Hernán Ouviaña

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe

Facultad de Ciencias Sociales

Universidad de Buenos Aires

Argentina

hernanou@yahoo.com.ar

Sandra Carolina Bautista Bautista

Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos

Área de Coordinaciones de Posgrado, Facultad de

Filosofía y Letras

Universidad Nacional Autónoma de México

México

carolinabautistab@gmail.com

Anahí Durand Guevara

Unidad de Post-Grado

Facultad de Ciencias Sociales

Universidad Mayor de San Marcos

Perú

anahidurand@gmail.com

Número coordinado por

Hernán Ouviaña

Ilustraciones

Puro Veneno (Colombia)

Gran OM (México)

Paulo Cuello Almonacid (Chile)

Contenido

- 5 “Estamos en guerra ante un enemigo poderoso”**
Violencias de Estado y militarización en el Chile reciente y actual

Héctor Testa Ferreira

- 12 Uruguay de urgente consideración**
Luchas sociales y polarización conservadora

Diego Castro

- 17 Esa “hegemonía acorazada de coerción”**
Gramsci para reflexionar sobre el aparato represivo en Ecuador

Josefina Torres

- 25 “La patria se fundó en la guerra”**
Entrevista a Martín Kohan

Hernán Ouviaña

- 42 Derivas rusas de la invasión a Ucrania**

Martín Baña

- 46 Un nuevo lenguaje para el conflicto**

Francesco Sticchi

TEXTOS IMPERECEDEROS

- 52 Utopías pacifistas**

Rosa Luxemburgo

“Estamos en guerra ante un enemigo poderoso”

Violencias de Estado y militarización en el Chile reciente y actual

Héctor Testa Ferreira*

Lo que era una tendencia mundial creciente hace unos años y se miraba desde Chile, acertadamente o no, como un fenómeno lejano, ha terminado por asentarse y convertirse en una realidad indiscutible en el país: una fuerte y altamente militarizada respuesta represiva del Estado ante la movilización popular, y la utilización cada vez más frecuente de los estados de excepción constitucional para hacer frente a contingencias de diverso tipo.

No se trata de fenómenos nada muy nuevos en todo caso, pero sí, se han hecho indesmentibles con la cadena de sucesos ocurridos en los últimos dos años y medio, desde el estallido social y revuelta popular

* Abogado con estudios de posgrado en Derecho Público y Derecho Constitucional. Integrante de los equipos de asesoría en la Convención Constitucional de Chile. Invitado por el Grupo de Trabajo CLACSO Estados en disputa para participar en este número del Boletín.

iniciada el 19 de octubre de 2019, la llegada de la pandemia en marzo del 2020, un creciente problema de seguridad pública en numerosas ciudades y territorios del país, y la continuidad y agravamiento del largo e histórico conflicto entre el Estado chileno y el Pueblo Mapuche en el Sur.

En especial, las miradas de la región y el mundo se posaron sobre el país al ver las imágenes de la extraordinaria y multitudinaria revuelta popular, y a su vez, una cruenta respuesta del Estado: disparos a mansalva y baleos indiscriminados por tropas militares y policiales, torturas, violaciones y violencia sexual, desapariciones forzadas, quema de cuerpos ya muertos a modo de encubrimiento, crucifixiones en un recinto policial, disparos y lanzamiento de bombas incendiarias a edificios y casas, ingreso a escuelas con baleos a niñas y niños, uso de personas como escudos humanos, disparos sistemáticamente dirigidos a las cabezas y ojos de manifestantes con cientos de personas con trauma ocular, miles de personas heridas y denuncias de violaciones a derechos humanos, decenas de miles de detenciones, muchas de ellas ilegales, agentes estatales utilizando autos de civil, atropellos desde vehículos policiales y militares, uso de instalaciones públicas y privadas como lugares de detención y tratos crueles y torturas...

Hechos que muestran que aquella declaración de “guerra” que llegó a proclamar públicamente la máxima autoridad del país ante un supuesto “enemigo poderoso e implacable que no respeta a nada ni a nadie”, no fue sólo un desliz presidencial o una exageración discursiva, y que tampoco, por la magnitud de lo acontecido, era responsabilidad única y exclusiva del gobierno a cargo¹. Lo vivido en las semanas de mayor intensidad de la revuelta es difícil de describir en su magnitud e intensidad, y la tarea de recopilación y esclarecimiento de los hechos ocurridos seguramente tardará tiempos no menores.

¹ “Ejercicios militares en Concón financiados por EEUU concitan rechazo”, Radio Universidad de Chile, disponible en: <https://radio.uchile.cl/2012/04/16/polemica-por-centro-de-entrenamiento-militar-onu-financiado-por-eeuu-en-concon/>

Para horror y extrañeza de las autoridades del Gobierno y el Estado, y de los principales medios masivos y formadores de opinión pública, partes muy significativas de la sociedad se resistieron a los toques de queda y estados de excepción, en masivos actos de ejercicio del derecho a la protesta, la desobediencia civil y, sin exageraciones, el derecho a rebelión. Y los niveles de adhesión o apoyo popular a la violencia defensiva por parte de la movilización social fueron notoriamente muy altos. Por otra parte, es significativo informar que los rumores y conversaciones en torno a la eventualidad de alguna modalidad de golpe o autogolpe de Estado fueron parte del escenario de esas semanas, habiendo muchos asuntos poco claros acerca de esos acontecimientos.

En cuanto a los hechos de conocimiento público, el gobierno de Piñera convocó a una sesión del “Consejo de Seguridad Nacional” (Cosena), entidad resabio del orden constitucional legado por la dictadura, reformada en el 2005 haciéndose una rebaja de sus atribuciones, y que había caído en desuso. En la sesión del Cosena hubo un directo cuestionamiento a la juridicidad de su convocatoria, al sistema de inteligencia y la reacción estatal frente al estallido y revuelta social². Por su parte, el mismo “Acuerdo por la Paz y la Nueva Constitución” del 15 de noviembre de 2019 fue suscrito en días de alta tensión, movilización popular, y enrarecido clima social, y, más allá de la seriedad y posibilidad real de que se desencadenase alguna forma de quebrantamiento institucional y modalidad de golpe o autogolpe de Estado, algunas de las actorías políticas claves entre las que concurrieron al acuerdo, señalaron que los rumores o indicios de tal posibilidad, fueron determinantes en la decisión de apoyarlo.

Otra cuestión de medular importancia es la situación relativa al conflicto chileno-mapuche que tiene su expresión más abierta en la Región de la Araucanía y las provincias de Arauco y Malleco, donde las comunidades y sectores más movilizadas del pueblo Mapuche

² Presidencia del Gobierno de Chile. Acta de sesión del Consejo de Seguridad Nacional del 7 de noviembre de 2019. Disponible en: <https://prensa.presidencia.cl/fotonoticia.aspx?id=134638>

tienen como contraparte a una policía que en la práctica ha funcionado como fuerza de ocupación, violando continuamente derechos humanos de los más básicos y elementales e instaurando una dinámica de militarización constante en las zonas más “calientes” del conflicto, con altos grados de militarismo estatal y paraestatal en enfrentamiento a los grupos mapuche.

Por su parte, yendo al escenario en las ciudades más grandes, es conocida la férrea represión que despliega Carabineros de Chile ante toda movilización social de cierta envergadura. Esa realidad recién comenzó a ceder cuando las movilizaciones sociales comenzaron a tener más fuerza y capacidad de respuesta ante la represión policial. Las generalizadas y masivas violaciones de derechos humanos constatadas por numerosos informes de entidades nacionales e internacionales en el contexto de la revuelta, se configuran sobre la base de una práctica y una doctrina policial forjada en una trayectoria en las que no es posible visualizar quiebres ni virajes significativos desde la dictadura hasta hoy.

En términos de estructura y formación de las fuerzas policiales y militares, la doctrina de la “seguridad nacional” y el “enemigo interno” han continuado sin interrupción, a la vez que el copamiento de la alta oficialidad por los sectores oligárquicos y más conservadores y derechistas de la sociedad son un rasgo indiscutido de ellas. Además, las alianzas o “cooperaciones” policiales y militares del Estado chileno han permanecido fuertemente ancladas al poder estadounidense y a los países con gobiernos de alineamiento más fuerte a la geopolítica de Estados Unidos en la región. No es algo menor que en varias ocasiones se haya corroborado que Chile es, tras Colombia, el país que más agentes militares ha enviado al “Fort Benning”, donde opera desde 1984 el “Instituto del Hemisferio Occidental para la Cooperación en Seguridad”, la continuidad de la antes llamada “Escuela de Las Américas”³, o que se envíe a los agentes policiales que

3 Radio Universidad de Chile. “Chile, segundo país latinoamericano que más militares envía a la Escuela de

concurrer al conflicto chileno-mapuche a planes de formación en Colombia, entre otros, el conocido “Comando Jungla” de Carabineros.

A mayor profundidad del perfil geopolítico de la defensa y seguridad del Estado de Chile, desde fines del gobierno de *Bachelet 1*, e inicios del de *Piñera 1*, se instala en la comuna de Concón de la Región de Valparaíso, en el llamado Fuerte Aguayo, una base de instrucción para operaciones militares referidas a “conflictos urbanos” y escenarios de revueltas o insurrecciones populares, destinado a “personal encargado de ejecutar operaciones de mantención de la paz o de estabilidad civil en zonas urbanas”⁴.

En el mismo sentido, puede apuntarse la presencia militar en Haití impulsada por los gobiernos de Ricardo Lagos y Michelle Bachelet y la participación gubernamental chilena como activa actoría en la MINUSTAH. O los enormes gastos militares que ubican a nuestro país siempre entre los países de mayor gasto militar en la región. O los reportes de una importante presencia de agentes mercenarios en aquellos conflictos bélicos más candentes del mundo actual, acompañando así Chile la tendencia creciente en la importancia y magnitud de las empresas militares privadas. Con ocasión de la Guerra en Iraq, o actualmente en Yemen o Ucrania, muestran a Chile dentro de estas redes de militarismo privado.

Para completar el cuadro, es posible identificar también la estrecha relación entre los aparatos militares y policiales y fenómenos extendidos de corrupción y desfalco fiscal. En los últimos años, con motivo del destape de numerosas tramas de corrupción en el país, las tramas conocidas como “*milicogate*” o “*pacogate*”, además de otras tantas pruebas de una extendida corrupción policial y militar. Hechos de pérdida de armas, o de complicidades con delincuencia

las Américas”. Disponible en: <https://radio.uchile.cl/2017/10/29/chile-segundo-pais-latinoamericano-que-mas-militares-envia-a-la-escuela-de-las-americas/>

⁴ Testa, Héctor. Las causas de esta barbarie militarista. La responsabilidad de los gobiernos de la Concertación en el actual Terrorismo de Estado. Disponible en: <https://www.revistadefrente.cl/las-causas-de-la-barbarie-la-responsabilidad-de-la-concertacion-en-el-actual-terrorismo-de-estado/>

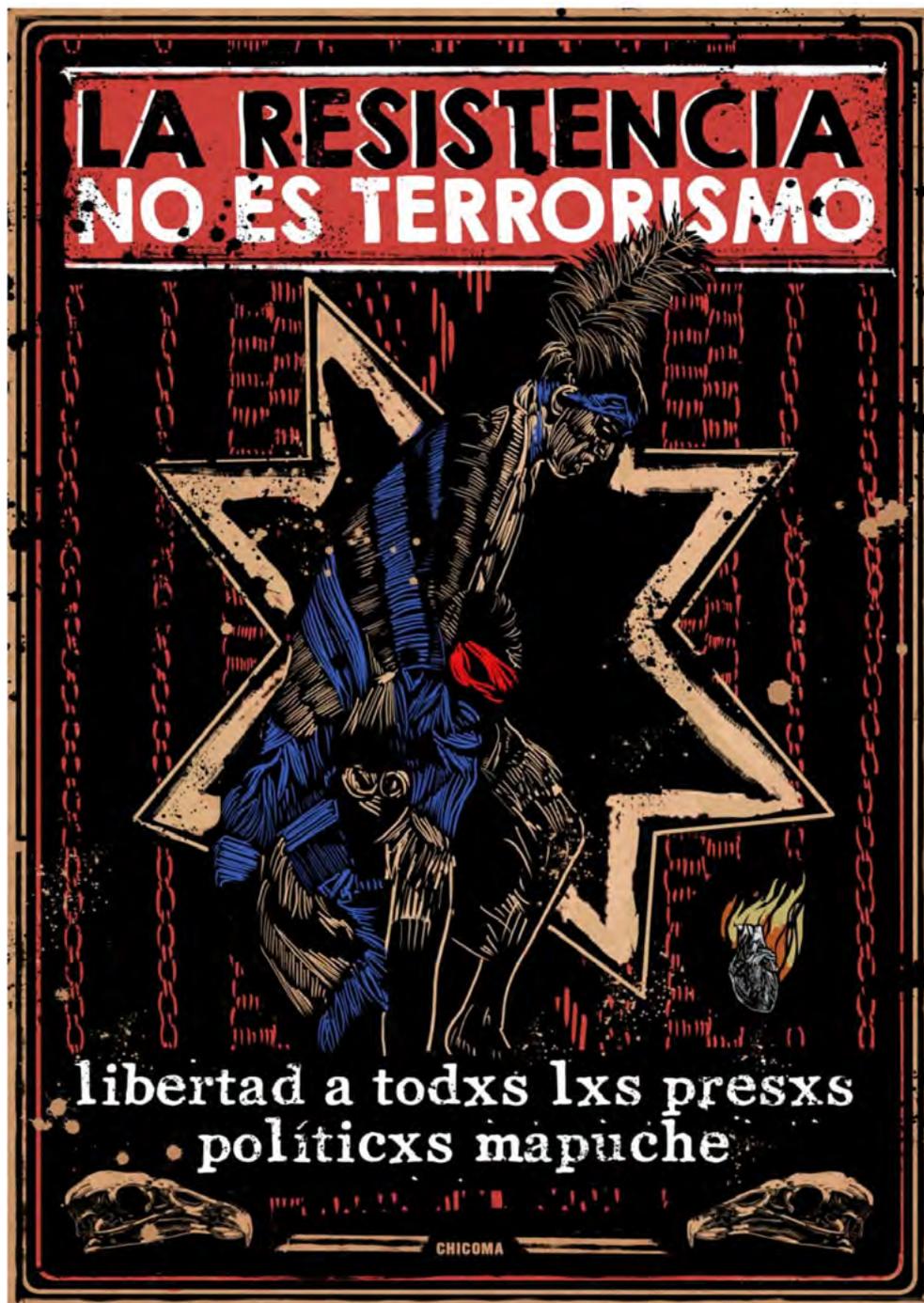
organizada, han dejado de causar sorpresa para convertirse en parte del paisaje público. En el caso de Carabineros, la pérdida de credibilidad por estos casos es además constatada no pocas veces por la propia vivencia de la ciudadanía, que presencia que, en muchos territorios y zonas, la policía entra en pasividades, acciones, complicidades con bandas delincuenciales. Si bien tales realidades no son tampoco tan nuevas, la magnitud de ellas y su destape público, sí marcan una diferencia frente a la época previa dictatorial, y a las primeras fases de la transición posdictadura.

El agravamiento de todo este cuadro ha sido parte del escenario histórico que ha generado el proceso constituyente en curso en nuestro país, y que por estos días pasa por sus semanas claves y recta final. La regulación constitucional de las Fuerzas Armadas y de Seguridad Pública está siendo reelaborada en un sentido que, en caso de verificarse en la ratificación popular del nuevo texto fundamental, puede llegar a ser refundacional en estos aspectos tan claves en la historia y actualidad del país: igualdad de acceso y ascenso a las carreras militares y policiales, cambio en sus doctrinas y formación, cambio del perfil militarizado de Carabineros, entre otras.

El nuevo gobierno, por su parte, tiene entre sus tareas una pesada carga de problemas y tensiones relativas a estas materias, entre muchas otras causas del complejo escenario histórico del país. Al asumir, varias regiones se encontraban bajo la vigencia de estados de excepción, ya sea por los problemas derivados del conflicto chileno-mapuche en el Sur, como de seguridad y crisis migratoria en el norte. Entretanto, índices de delitos y de percepción y realidad de la inseguridad pública llegan a niveles muy altos que sin exagerar podrían catalogarse como inéditos, a la vez que la desconfianza y rechazo hacia los organismos y la institucionalidad del Estado que pudiesen tomar medidas sobre la materia, siguen también la misma tendencia.

En suma, una muy fuerte tensión entre las fuerzas del cambio y la transformación, y las de la continuidad y la resistencia de lo

existente, tiene en el asunto de qué fuerzas armadas y de seguridad habrá en el Chile venidero, una de sus dimensiones más centrales y estratégicas.



Uruguay de urgente consideración

Luchas sociales y polarización conservadora

Diego Castro*

El 27 de marzo se realizó en Uruguay un referéndum con el objetivo de derogar 135 artículos de la Ley de Urgente Consideración (LUC), principal iniciativa legislativa del nuevo gobierno de derechas que asumió en marzo de 2020, liderado por el presidente Luis Lacalle Pou. En un apretado resultado la derogación no logró el apoyo necesario (48.7%) y los 135 artículos se mantienen vigentes.

La Ley, que fue aprobada en medio de la emergencia sanitaria por COVID, reúne 476 artículos en una amplia gama de temáticas como seguridad, educación, vivienda, derecho de huelga, política económica, entre otros. En el trámite parlamentario varios de los artículos fueron cambiados y algunos eliminados, como consecuencia de las negociaciones al interior de la coalición de gobierno y con la oposición. Más de 200 fueron aprobados por unanimidad con el apoyo del Frente Amplio.

* Doctor en Sociología por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (México) y docente del Servicio Central de Extensión de la Universidad de la República de Uruguay. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Estados en disputa.

Los impulsores principales de la derogación de los 135 artículos fueron las organizaciones tradicionales del campo popular uruguayo: el PIT-CNT (sindicatos), la Federación de Cooperativas de Vivienda (FUCVAM), la Federación de estudiantes universitarios (FEUU), junto a la Intersocial Feminista (oenegés y sindicalistas feministas). Estos actores desestimaron la iniciativa de una treintena de colectivos que impulsaron la derogación total y se asociaron con el Frente Amplio en la iniciativa de los 135.

El proceso de recolección de firmas para habilitar el referéndum (25% del padrón electoral) supuso cierta revitalización de la militancia social y política, fundamentalmente en las bases frenteamplistas y el movimiento sindical. Juntar firmas para impugnar parte del programa del nuevo gobierno fue motivación suficiente para activar las energías y cambiar el clima político luego de la derrota electoral del Frente Amplio, de fines de 2019.

Las consultas populares (referéndum y plebiscito) se popularizaron como herramientas de las organizaciones sociales en el ciclo de luchas contra el neoliberalismo en la década del '90. Por su intermedio se puede derogar o inscribir leyes sin mediación parlamentaria. Supone un mecanismo democratizador de las problemáticas que abarca, ampliando el rango de su debate, desbordando a las instituciones y personas (partidos y políticos profesionales) que en tiempos ordinarios concentran el debate político. De alguna manera la sociedad se encarga de un debate y una decisión que entiende mal resuelta en las vías parlamentarias y los partidos políticos.

En el proceso político del referéndum pueden identificarse dos etapas diferenciadas: la recolección de firmas y la campaña por el Sí. La primera con mayor protagonismo social y militante, con parte de los dirigentes del Frente Amplio sugiriendo que no era una buena idea y la segunda mayormente encerrada en los dirigentes partidarios. Si repasamos los debates televisivos del último tramo de la campaña, la presencia de referentes sociales es mínima. Tampoco es posible identificar bases frenteamplistas, quienes fueron muy importantes en la laboriosa tarea de recolectar 800 mil firmas. El proceso político del referéndum también

supuso la reactualización de alianzas sin fisuras ni desobediencias entre el Frente Amplio y las organizaciones tradicionales del campo popular (PIT- FUCVAM-FEUU). No ocurrió lo mismo con los feminismos, quienes eludieron y desarticularon el intento del PIT y aliados de colocar en el centro de la movilización del 8 de marzo la disputa por la LUC. Este desacople es una de las novedades políticas más interesantes.

Hay quienes, con incompreensión y escasa puntería, adjudican parte del resultado a este desencuentro. Lo que quizás no se llegue a comprender con profundidad es el desencanto que producen las formas y sentidos políticos de la izquierda partidario-patriarcal. Pasiones tristes, inhibidora de energía social potencialmente desplegable, energía infinita, sin fin. ¿Cómo van a comprender esto quienes piensan la lucha social como recurso escaso y finito que hay que administrar/controlar siempre por debajo de su potencia? ¿Cómo pueden comprenderlo quienes están convencidísimos que radicalidad y masividad son rivales opuestos?

El proceso del referéndum tuvo un comienzo social intenso y un cierre partidario sin encanto. Reforzada la lógica progresismo-derecha, el centro del debate político en torno a la derogación retornó paulatinamente a la gimnasia cotidiana. Una polarización sin antagonismo, conservadora. No se trata de proyectos sin diferencias, el debate en torno a la LUC planteó alguna de ellas. Pero hay un factor que actúa como organizador de todas sus distinciones: la abrumadora vocación sistémica. Su sentido y racionalidad política es casi siempre un bucle conservador, sin fugas ni quiebres ni alternativas. Un bucle de alimentación recíproca entre progresismo y derecha se expande denso y agotador, cuando la multiplicidad de experiencias de politización no logra eludirlo, desarmarlo. Es esta dinámica la que explica la efervescencia conservadora en América Latina, protagonizada por las derechas y los progresismos y que comparte temporalidad con revueltas populares y feministas, en un tiempo abierto¹.

¹ Para ampliar los contenidos de este debate, puede verse la Introducción al libro *América Latina en tiempos revueltos. Claves y luchas renovadas frente al giro conservador*: <https://libertadbajopalabraz.files.wordpress.com/2021/04/americalatina-en-tiempos-revueltas-final.pdf>

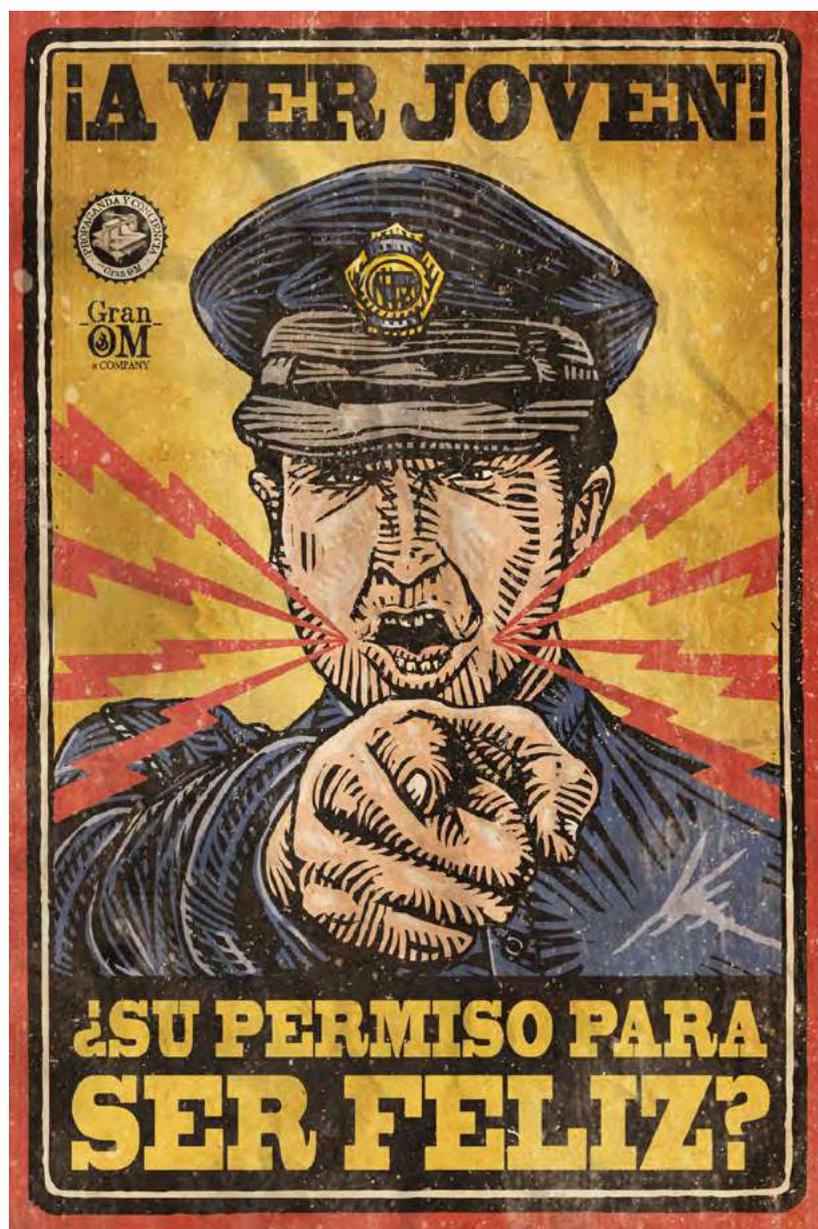
La polarización progresismo-derecha es todo lo que está bien para quienes mandan. Crisis sistémica con correcciones sistémicas. Cuando la dinámica política se cierra en ella, tenemos dificultades enormes para simbolizar experiencias y alternativas que no sean trituradas por la polarización. La mayoría de las veces nos enmudece. Y la polarización hace que juega sola, pensando que no hay otros sentidos. Pero sí los hay, están ahí. Pero no dialogan, porque no hay posibilidad para el diálogo. La supremacía de la polarización requiere el enmudecimiento de otras formas de significar lo que nos pasa y sus alternativas.

Un ejemplo que parece claro es el cierre punitivista a los problemas de seguridad pública y el modo en que los feminismos, en su impugnación a las violencias machistas, lo eluden y sostienen una mirada antipunitivista. La campaña contra la LUC desaprovechó la pulsión no punitivista de las luchas feministas, que ha sido tan potente en los últimos años. Quienes impulsaron la derogación eligieron no abrir el debate con mayor profundidad. Tampoco el movimiento feminista como tal ingresó al debate público desde su perspectiva. Al día siguiente del referéndum, progresismo y derecha finalizaron la campaña con una riña para ver quién defendía mejor los intereses de la policía. Quienes subieron los salarios policiales y mejoraron equipamiento y armas² o los que acababan de ratificar leyes que facilitan aún más la discrecionalidad policial. Cierre y bucle conservador. Mientras, la población carcelaria en Uruguay profundiza su crecimiento. La mayoría de los presos son varones jóvenes y provienen de familias empobrecidas. En 2005 eran 6211, en 2019 rondaban los 10000 y para noviembre de 2021, 13956. En el ritmo de gobernar a otros el progresismo abandonó los debates en torno a las causas sociales de la violencia generalizada y se afilió religiosamente al crecimiento económico, el empleo y la relación salarial o su compensación estatal.

Una posibilidad para desarmar el bucle conservador es comprender que las transformaciones sociales profundas se producen en la sociedad, y que algunas de ellas -luego- se inscriben estatalmente como mojón o garantía. Es la sociedad la que cambia (para bien o para mal) y siempre

² <https://www.facebook.com/photo/?fbid=535622067926086&set=pb.100044348923180.-2207520000>

que se ponen todas las energías en la gestión estatal de esos cambios, acabamos perdiendo tiempo. La fe en la ley se asienta en pensar que hay una relación causal con la vida, pero no la tiene. El avance legal y subjetivo punitivista se desafía en la trama de la vida, en la intensificación de los lazos comunitarios y en las redes de afectos que los sostienen. Mucho ya se hace y mucho podemos hacer en común en tal sentido.



Esa “hegemonía acorazada de coerción”

Gramsci para reflexionar sobre el aparato represivo en Ecuador¹

Josefina Torres*

A propósito de la reciente creación del Ministerio del Interior en el Ecuador y la designación de Patricio Carrillo como su ministro -un general inspector de la policía nacional en servicio pasivo-, parece necesario preguntarse por el modo de control de los dispositivos estatales

* Socióloga y Magister en Estudios Latinoamericanos. Docente de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Central del Ecuador. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Estados en disputa.

¹ El presente artículo se terminó de redactar el 17 de mayo de 2022, y días después, el 24 de mayo, cumpliéndose el bicentenario de la independencia del país, mientras el Presidente Guillermo Lasso daba lectura del Informe a la Nación en la Asamblea Nacional, paralelamente Leonidas Iza, Presidente del Consejo de Gobierno de la Confederación de Pueblos y Nacionalidades Indígenas del Ecuador -CONAIE- presentaba el Informe desde la realidad de los pueblos y nacionalidades en un auditorio de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Al finalizar su intervención anunciaba la realización de movilizaciones en todo el país a partir del 13 de junio, debido a las agobiantes condiciones en las que viven la población y a la nula respuesta que el gobierno ha dado a sus problemáticas en las mesas de diálogo que han mantenido durante meses. Efectivamente, y como fue de conocimiento público, el Ecuador vivió un Paro Nacional que duró 18 días, acontecimiento que, de ser analizado, se recomienda especial atención a lo propuesto en este artículo en lo referente al papel que tuvo Patricio Carrillo en el liderazgo de la policía nacional y la estrategia de represión estatal, a saber: a) el requisamiento de la Casa de la Cultura Ecuatoriana para evitar que parte del convocante movimiento indígena que llegaba a Quito pueda recurrir a su lugar histórico de acogida y deliberación asamblearia; b) el uso del decreto de estado de excepción para controlar el conflicto; y finalmente c) la discusión sobre el uso del aparato represivo estatal, para problematizar la hegemonía acorazada de fuerza-coerción, como garantía del consenso, la democracia y el diálogo. Líneas que se esbozan en las reflexiones aquí presentadas y que, salvo este párrafo, se publica en su versión original previa a lo ocurrido durante el Paro Nacional del 13 de junio.

de represión, sobre todo para las izquierdas disputantes de lo estatal. Intento inscribir mi reflexión en la antigua y peliaguda discusión en las izquierdas: sobre la disputa -o no- por el gobierno del Estado. Me refiero a gobernar el Estado, siguiendo la concepción de Estado integral de Antonio Gramsci, específicamente al conjunto de las instituciones de gobierno, es decir, a la sociedad política, sin por ello dejar de reconocer a la sociedad civil² como parte del Estado ampliado. Ese gobernar, en términos de hegemonía, hace alusión a la dirección político-ideológica y cultural, que requiere adicionar la dimensión *consensual*, a la reconocida dominación burguesa, por excelencia violenta y coercitiva del estado capitalista. Entonces gobernar el Estado implica, también, “hacerse cargo” de su aparato represivo.

Si bien fuerza-coerción y persuasión-consenso son parte de los procesos, estrategias y relaciones hegemónicas de dominación, para efecto de estas notas interesa indagar en el dominio estatal³. La administración y control de las instituciones de gobierno por parte del grupo o clase dominante permiten, en última instancia, la coacción con la que es posible el consenso hegemónico en el ámbito de la sociedad civil. Controlar instituciones como las Fuerzas Armadas, encargadas de la seguridad externa, y la policía nacional, responsable de la seguridad interna y orden público, bajo el pretendido uso exclusivo y legítimo de la fuerza como potestad del estado, pone en discusión su ser EL garante del interés general. Alertan, además, que la noción gramsciana de Estado, fuerza y

2 Gramsci en *Notas sobre Maquiavelo, Sobre Política y sobre el Estado Moderno*, sostiene que el fundamento ético del Estado es brindado por la sociedad civil: “el Estado es concebido como un organismo propio de un grupo, destinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión del mismo grupo; pero este desarrollo y esta expansión son concebidos y presentados como la fuerza motriz de una expansión universal, de un desarrollo de todas las energías “nacionales”. El grupo dominante es coordinado concretamente con los intereses generales de los grupos subordinados y la vida estatal es concebida como una formación y superación continua de equilibrios inestables (en el ámbito de la ley) entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados, equilibrios donde los intereses del grupo dominante prevalecen hasta cierto punto, o sea, hasta el punto en que chocan con el mezquino interés económico-corporativo. (Gramsci, 1978: 72)

3 El dominio ideológico en el conjunto de la sociedad implica no perder de vista el señalamiento que hace Gramsci sobre los entrelazamientos necesarios entre sociedad civil y sociedad política, que incluyen alianzas, por un lado, y represión por otro. Sin esta figura gramsciana del “Centaurio” de Maquiavelo, es imposible comprender la consolidación hegemónica del bloque dominante.

consenso, es “ese conjunto de actividades prácticas y teóricas con las que la clase dirigente justifica y perpetúa su dominación y además logra obtener el consenso activo de los gobernados” (Gramsci, 1981, T 5, C 15, § 10, 186), a la que se refería como “hegemonía acorazada de coerción” (Gramsci, 1981, T 3, C 6, § 88, 75-76).

Sin embargo, habrá que tomar en cuenta que, en términos generales, las democracias en nuestra región, como formas políticas de los Estados capitalistas contemporáneos, parecen ser -al menos discursivamente- el sinónimo de *consenso*, al tenor siempre del respeto y la consagración del derecho. En términos particulares, en el Ecuador el “retorno a la democracia” a inicios de la década del ochenta estuvo configurada simbólicamente con otro referente: “la paz”. Luego de la guerra con el vecino Perú y los conflictos armados en Colombia, el Ecuador enarbolaba su política de seguridad interna y externa, fundamentalmente antiterrorista-anticomunista desde el lema “Ecuador, isla de paz”. La paz, ha estado condicionada por la seguridad interna y ésta por el ejercicio democrático, incluso cuando se han “botado” presidentes, el convulsionado clima político no llegaba a compararse con la sistemática y desmedida represión vivida en otros países de la región.

Esto no significa que la política de seguridad haya estado al margen de la contención del miedo al comunismo, cualquier acción desestabilizadora del régimen de turno, o del alineamiento a los designios geopolíticos estadounidenses. En el Ecuador, por ejemplo, se estilaba que el presidente en funciones designe entre los ministros de Estado, a aquel que iba a estar al frente de la cartera de Defensa a un ex miembro, de alto rango y en retiro, de las Fuerzas Armadas⁴. Mientras que, para la policía nacional, se conservaba autonomía en su operación a través del Comandante Nacional de Policía y la Comandancia General, pero como Ministro de Gobierno y Policía se designaba a un civil. Sin duda alguna, el control de las instituciones represivas del Estado implicaba una negociación con las cúpulas castrenses y policiales, en virtud del reconocimiento tanto

⁴ Aunque existieron Ministros de Defensa que no fueron miembros de las fuerzas armadas, la gran mayoría sí lo fueron.

de sus propios intereses y autonomía de gestión, como el de ser poderes fácticos, incluso las Fuerzas Armadas señaladas como “garantes de la democracia”, pero sobre todo se consignaba el aval de la Embajada de Estados Unidos para la estabilidad del gobierno.

No obstante, hacia el 2007 el bloque popular que venía luchando e impidiendo el avance neoliberal en el país, incluyendo la salida de la base militar estadounidense que estaba en Manta, abre la posibilidad de que el Ciclo de Impugnación al Neoliberalismo -CINAL-⁵ dispute la hegemonía de la sociedad política. El triunfo de lo que se conoció como el Gobierno de la Revolución Ciudadana, con Rafael Correa como presidente durante diez años rediseñó la institucionalidad política del Estado, tras varias reformas que perseguían dotarle de marcos de gestión soberanos, descorporativizados, democráticos en clave ciudadana, con más y mayor alcance en las áreas de intervención estatal. Podría decirse que estas reformas estaban también atravesadas por la necesidad de controlar el aparato represivo del estado, pero bajo la premisa de hacer prevalecer la “autoridad civil por sobre la militar”, entendiéndolas como fuerzas no deliberantes sino subordinadas al poder político.

Muestra de ello fue la designación de Guadalupe Larriva como Ministra de Defensa, por primera vez una mujer civil en esa cartera de Estado, que además fue presidenta del Partido Socialista. Larriva murió en el año 2007, a los nueve días de haber tomado posesión del cargo, en un accidente aéreo en el que colisionaron dos helicópteros mientras se encontraban realizando maniobras nocturnas por el 53º aniversario del Ejército. Los sucesores en el Ministerio de Defensa durante este gobierno no pertenecieron a las fuerzas armadas.

Con respecto a la institucionalidad de la competencia de Gobierno y el direccionamiento de la Policía Nacional, se decidió diferenciar los ámbitos de gestión separándolos, así el Ministerio en: Ministerio Coordinador de la Política, luego Secretaría Nacional de Gestión de la Política,

⁵ Para mayor detalle sobre la reflexión del CINAL, consultar el libro del Grupo de Trabajo Estados en Disputa de CLACSO: *Estados en disputa: auge y fractura del ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina*.

cuya competencia era la gobernabilidad, el diálogo y el enlace con las otras funciones del Estado. Y el Ministerio del Interior, encargado de la seguridad interna y orden público, como autoridad civil de la Policía Nacional, restringía la autonomía institucional de ésta y la subordinaba políticamente. Adicionalmente, se definía la desmilitarización de la policía y su profesionalización bajo el enfoque de seguridad ciudadana, derechos humanos y de servicio a la ciudadanía. Se destinaron ingentes recursos en capacitaciones, formación, infraestructura y todos los implementos necesarios para desempeñar su labor.

Esta decisión, expresa también la necesidad de retomar el control luego de la sublevación policial y militar del 30 de septiembre del 2010. A consecuencia de la reorganización y delimitación de la participación de las fuerzas armadas y policía en las empresas de abastecimiento militar y policial, que sin embargo no aparece en el discurso reivindicativo que anima la sublevación.

Ahora bien, pese a estos cambios, en octubre del 2019 la Policía Nacional, en el gobierno de Lenin Moreno, hacía despliegue de su capacidad de represión fortalecida y profesionalizada⁶ durante los 13 días de levantamiento indígena y popular. Bajo la máxima policial de mantenimiento del orden público y garantía de la seguridad interna⁷, y amparados en el “estado de excepción”, se contabilizaron al menos 12 muertos, 11 heridos y 1340 detenidos⁸, de entre los cuales hay 268 con procesos judiciales levantados, en una clara muestra de criminalización de la protesta. Además, es importante señalar que en este gobierno se fusionan la competencia de gobernabilidad con la de seguridad interna y orden público, en la (re) creación del Ministerio de Gobierno. Asimismo, meses después fue la doctrina de la seguridad la que “controló” la emergencia sanitaria

⁶ Si bien las Fuerzas Armadas también se movilizaron, quien reprimió de manera directa el estallido social fue la policía.

⁷ Para ampliar la reflexión consultar los artículos de David Chavéz “El ‘nuevo Estado’ y el levantamiento popular de octubre”. Y de Christian Pino “El estado de excepción de octubre: el retorno de la doctrina de seguridad nacional del Estado”, en Franklin Ramírez (Ed.) *Octubre y el derecho a la resistencia: Revuelta popular y neoliberalismo en Ecuador* Buenos Aires: CLACSO. Libro digital, PDF.

⁸ Ver Informe de la Defensoría del Pueblo sobre el octubre del 2019 <https://rebellion.org/docs/262149.pdf>

ocasionada por la pandemia del Covid-19. Mediante decretos ejecutivos de excepción se obligaba al “cuidado” para impedir el contagio, y se sancionaba a quienes lo incumplieran. Las Fuerzas Armadas y la policía estaban para vigilar su acatamiento.

Con el presidente Guillermo Lasso, y el llamado “gobierno del encuentro”, la seguridad no ha dejado su protagonismo y se ha hecho extensiva, así: la seguridad jurídica para la atracción de inversiones, la seguridad que provee la vacunación para la reactivación productiva, la seguridad de la propiedad privada para el ejercicio de la libertad. Sin embargo, la decisión tomada por el presidente Lasso el pasado 30 de marzo suscita mayor desconcierto. Si bien se advertía que el nuevo gobierno posesionado el 24 de mayo del 2021, liderado por un banquero, empresario y supernumerario del Opus Dei de 65 años⁹, no ofrecía un enfoque progresista, ha reaccionado ante el conflicto político con un claro mensaje: sucumbió a lo que el mismo llamó “la peor de las debilidades políticas: la tentación autoritaria”.

La designación de Patricio Carrillo, se da luego de que la Asamblea Nacional votara a favor de otorgar amnistía para 268 luchadoras y luchadores sociales, muchos de ellos judicializados por la rebelión de octubre del 2019. Y, el 24 de marzo, niega y archiva el proyecto de Ley de Inversiones impulsado por el Gobierno, con el que se pretendía la reactivación económica del país. Evidenciando el “bloqueo” que el legislativo coloca a las iniciativas del ejecutivo, Lasso ha dicho que “de ahora en adelante gobernaré como si no existiese la Asamblea Nacional”. A ello, se suma una crisis carcelaria con varios amotinamientos, masacre y ajusticiamiento entre internos; incremento de robos, asaltos, asesinatos y femicidios, sin una respuesta efectiva por parte del Estado, y la progresiva reducción de los presupuestos públicos, principalmente salud y educación, despidos y

⁹ Para Guillermo Lasso la gestión pública no le era del todo desconocida. Lasso se había incorporado a la política nacional y, particularmente, a la administración pública, en el gobierno del presidente Jamil Mahuad, con quien, en el año 1998, fue Gobernador de la Provincia de Guayas y, en el año 1999, fue Superministro de Economía, liderando la dolarización de la economía del país. Con estos antecedentes, en 2021 Lasso ganó la Presidencia de la República gracias a la alianza entre CREO, Movimiento Creando Oportunidades y el Partido Social Cristiano, los dos partidos representativos de las derechas del país.

aumento del precio de los productos de la canasta básica y servicios, liberalización del precio de los combustibles, etc. Una realidad que puede alentar movilizaciones y estallidos, nuevamente.

Lasso responde con la creación del Ministerio del Interior, escindiendo el viceministerio que llevaba esta competencia del Ministerio de Gobierno¹⁰ y nombrando a Patricio Carrillo, como ministro. Carrillo fue el General Inspector de la Policía Nacional que dirigió el accionar represivo durante los 13 días de octubre del 2019 y, según sus palabras, fue recomendado por la embajada estadounidense para el cargo. Es ahora el primer ministro del Interior que perteneció a la policía, a diferencia de sus antecesors que fueron autoridades civiles.

¿Qué significa esta designación? Una negociación en términos del control del aparato represivo, como concesión a la policía de autonomía política y de gestión; sin embargo, con autoridades civiles sobre el mando policial tampoco se logró un giro político en el control del aparato represivo estatal. Adicionalmente, da cuenta de la manera en que el gobierno procesa el conflicto político social, y que ha sido desde el 2019 una constante: una deriva autoritaria que activa el aparato represivo para el control ante la amenaza disruptiva del orden dominante.

Entonces, si se confirma el carácter del Estado capitalista, violento, coercitivo y represor, también pone en entredicho la democracia liberal como arena del consenso y del diálogo. Vuelve, empero, vigente y urgente insistir en la discusión sobre la *hegemonía acorazada de coerción*, para las luchas de los pueblos que disputan la posibilidad del propio gobierno de sus modos de existencia. Para las izquierdas la disputa consistiría en la construcción de una nueva hegemonía. La posibilidad de la conducción política del aparato estatal, que para el Estado capitalista contemporáneo se delinea bajo la forma de la democracia liberal, su consecuente institucionalidad y el modo de control de los dispositivos estatales de represión. Sin embargo, la crítica al estado capitalista significaría no contribuir a su fortalecimiento, y en él la crítica implacable a

10 Ver https://www.fielweb.com/App_Themes/InformacionInteres/Decreto_Ejecutivo_No._381.pdf

la democracia hegemónica, pues se trata de desvanecerlo en favor de la construcción de las nuevas formas.

Ahora, que en gobiernos como el de Gabriel Boric en Chile, se designa a Maya Fernández Allende como Ministra de Defensa, que persisten intentos de ejércitos populares, y que, por su parte, en Ecuador, tenemos el “retorno” de la derecha, inscribo estas preocupaciones al calor esperanzador de las luchas de nuestros pasados tropiezos y futuros deseados. Quisiera recordar, como si se tratara de una alerta, a José Aricó cuando decía que Gramsci “debió ser el teórico de la *derrota* revolucionaria, del momento de la «defensiva» en sociedades cada vez más complejas y acorazadas contra las tentativas revolucionarias” (Aricó, 2005: 223), pues esas corazas no han dejado de estar presentes y renovarse.

BIBLIOGRAFÍA

Aricó, José (2005). *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Gramsci, Antonio (1978). *Notas sobre Maquiavelo, Sobre Política y sobre el Estado Moderno*. México: Juan Pablos Editor.

Gramsci, Antonio (1981). *Cuadernos de la cárcel*. Edición crítica del Instituto Gramsci, a cargo de Valentino Gerratana, Tomos 3 y 5. México D. F.: Era.

Gramsci, Antonio (2013). *Antología*. Selección, traducción y notas: Manuel Sacristán. Madrid: Akal.

Ouviña, Hernán y Thwaites Rey, Mabel (2018). (edit.) *Estados en disputa: auge y fractura del ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO/El Colectivo.

“La patria se fundó en la guerra”

Entrevista a Martín Kohan

Escritor, ensayista y profesor de Teoría Literaria en la Universidad de Buenos Aires, autor de novelas como *Ciencias morales*, *Dos veces junio*, *Museo de la Revolución* y *Confesión*, en su ensayo *El país de la guerra* (publicado por Eterna Cadencia) reconstruye el derrotero de Argentina a partir de la centralidad descollante que ha tenido la violencia bélica en los textos literarios y en documentos históricos clásicos.

Hernán Ouviaña*

En el principio fue la guerra

-En tu libro El país de la guerra, planteas algo que está presente en toda una tradición fuerte dentro del marxismo y el pensamiento crítico, que es la afirmación de que “en el principio fue la guerra”. ¿Cómo interpretas la relación entre guerra y momento fundacional al nivel de la nación, del Estado o incluso de la propia literatura, pensando por ejemplo en textos precursores como El matadero o el Martín Fierro en el caso de Argentina, pero también en otros libros emblemáticos de la literatura en Nuestra América, como Cien años de soledad, que se inicia con la imagen de un pelotón de fusilamiento en Colombia y destella una violencia radical?

-Por un lado, están los procesos de violencia ligados a todos los procesos de constitución de Estados nacionales. En el caso de los países de América, también como sabemos bien, históricamente no solo son las circunstancias de violencia de toda constitución de Estado, sino

* Profesor e investigador del IEALC-UBA. Co-coordinador del Grupo de Trabajo CLACSO Estados en disputa.

específicamente los Estados nacionales constituidos en procesos de guerras de independencia, en todo el continente. De manera que en efecto estas patrias nacen de guerras porque se constituyen en guerras de independencia. Eso en el orden histórico y de los hechos, le da a la guerra un protagonismo, incluso una centralidad, especialmente remarcada: las guerras de independencia como las escenas de fundación de los Estados nacionales. Pero también es cierto que, a la par o junto con la dimensión de los hechos históricos, están las configuraciones de mitos de origen. Ahí donde se hacen también mitos con la historia, o ahí donde la historia produce mitos. Y mito no es exactamente falsedad, no necesariamente equivale a algo falso; es un imaginario de origen, las maneras en que las identidades nacionales crean un mito de origen. Y sin bien hubo guerras en todas las constituciones de Estados nacionales en América, entiendo que, en el caso argentino, no conozco todos, pero comparando con algunos otros casos de países de América, en el momento de configurar una narración de la identidad nacional, y en el proceso de configuración de ese relato de la identidad nacional, el proceso de producción de un mito de origen, la guerra quedó especialmente en primer plano. Porque guerras hubo en todos los casos y en cada uno de los países, pero a la hora de elaborar esa historia nacional, a la hora de producir ese imaginario de fundación, qué lugar se le asignó a la guerra en cada caso, y comparando con otros casos, como el de Estados Unidos, por ejemplo, pero entiendo podría ser también el caso de México y el de Brasil, en la configuración de la identidad nacional argentina la dimensión de la guerra quedó en un lugar tan predominante, que cabría decir que el mito de origen es un mito de guerra, que la patria se fundó en la guerra. Uno de los indicios más significativos para apoyar esta hipótesis es de qué manera en un país como el nuestro se configuraron “padres de la patria”. Algo que en más de un sentido naturalizamos, pero hay ahí toda una decisión de imaginario político que una patria tenga “padres de la patria”, nos parece incluso un poco inverosímil, que le falta algo, y en realidad no le falta nada si no hay un “padre de la patria”. Porque acá, en el panteón de héroes nacionales, la figura de padres de la patria está particularmente subrayada en la figura de San Martín y de Belgrano, y entiendo que en esa operación -que es la operación de Bartolomé

Mitre, por circunscribirlo a un nombre, aunque no se agota ahí, pero tiene en él un punto determinante- me parece que la configuración de estos héroes como “padres de la patria”, y ya llamarlos “padres de la patria” les asigna este carácter fundacional, están vinculados a la guerra. En otras configuraciones de identidad y en otros panteones de grandes hombres de la patria, hay hombres de guerra, aunque también los hay de la política, del derecho, etc. Entonces uno podría decir como análisis de un proceso ideológico cultural: puestos a tener padres de la patria, qué habría pasado con una patria que se hubiese pensado a sí misma con Juan Bautista Alberdi como padre fundador, o sea, la idea de que la patria se funda en la ley, en el inspirador de la Constitución; puestos a tener padres de la patria -se puede por supuesto no tenerlos- qué habría supuesto configurar un relato de identidad nacional, dándole ese carácter, histórico y mitológico a la vez, de padre de la patria a Mariano Moreno, es decir, la patria se funda con un periodista jacobino, un héroe de la palabra, ideológicamente radicalizado. Tomando esas alternativas, resalta la resolución de poner en el centro al hombre de guerra, al único soldado de formación, militar de profesión, como era San Martín, y a una figura como la de Belgrano, que como sabemos no era un militar, pero se corre a la función militar, hasta el punto de que predomina su dimensión militar. A veces dando clases digo, ejemplos posibles: existe la Compañía de la empresa de micros “Pullman Gral. Belgrano”, no pensamos en Pullman Doctor Belgrano, y sin embargo era abogado, no decimos el “Doctor” Belgrano. Me parece un parámetro o evidencia de que la dimensión militar es la que queda en un primer plano, entiendo que queda incluso desdibujada la pertenencia de Belgrano a la Primera Junta de Gobierno. Todo queda focalizado en la fundación de la bandera, que es una escena y jura militar de la bandera, y más allá de los resultados, su accionar militar queda en primer plano. Y en San Martín casi no hay otra cosa que su dimensión militar. Y algo que podría ser un déficit, que es su prescindencia en la intervención política, que es ni más ni menos que su prescindencia en el proceso de organización del Estado, es decir, un padre de la patria que no participa del proceso de organización del Estado. Por supuesto que hay una resolución narrativa y eso se resignifica como renuncia y como sacrificio, pero lo cierto es que la condición de

padre de la patria está asignada a alguien que prescinde de la intervención política en el territorio nacional, Perú es otra cosa, entonces la dimensión específicamente de guerra resalta todavía más. Incluso cuando San Martín libra un solo combate en territorio argentino, que tiene una marcha muy linda que es la de San Lorenzo, pero también lo cierto es que el combate no fue de envergadura, y, sin embargo, justamente, con esos materiales históricos, que no son tan nutridos, se constituye una fuertísima figura de padre de la patria de dimensión militar. Entonces la idea de una patria fundada en la guerra se va produciendo, sobre la base de los materiales históricos, por supuesto, en ningún momento he dicho ni jamás diría que son ficciones, claro que no son ficciones, pero que Alberdi inspiró la Constitución Nacional también es un hecho histórico, que Mariano Moreno agitó la revolución de mayo también lo es, y hay otros casos posibles... Sobre estos hechos históricos se recortan y resaltan las escenas de la guerra y las figuras de la guerra. Y ahí hay además una proyección al siglo XX: cuando Leopoldo Lugones escribe *La hora de la espada*, que es un texto claramente señalado como de llamado y validación al golpe militar que termina ocurriendo en 1930, no solo está anunciando algo, está volviendo sobre una tradición ya constituida. El que fundó la patria de algún modo es el dueño, le pertenece o está destinado a “preservar” lo que fundó. Entonces me parece que en ese mito de origen hay también una clave de interpretación entre ejército y política, por lo menos en el siglo XX.

El continuum de la violencia estatal como civilizada barbarie

-Hay un personaje cercano a la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, y por cierto central en la literatura argentina, que es David Viñas. Su novela Los dueños de la tierra narra la dinámica de despojo y violencia estatal en pleno siglo XX, pero también vale traer al presente otro ensayo de él, que es Indios, ejército y fronteras, donde llega a afirmar que los primeros desaparecidos fueron las y los indígenas. ¿Cómo lees esta hipótesis en un contexto como el actual, donde se vive un juicio histórico por la masacre de Napalpí, donde cientos de indígenas fueron asesinados en

Chaco con total impunidad? ¿Cómo ves ese continuum de una violencia sistémica, estatal, fundadora de una nación homogénea, castellano-hablante, monocultural, que se reitera durante el siglo XX contra otras subalternidades consideradas “peligrosas”

-Marcás bien que estamos cerca de la Facultad, porque yo cursé con Viñas en la carrera de Letras. Un comentario al margen: ¿sabías que en *Los dueños de la tierra* hay un vínculo del propio Viñas con esos hechos, y es que el enviado de Yrigoyen a la Patagonia que aparece en la novela era el propio padre de Viñas? Yendo a la pregunta, sí, efectivamente, por un lado, decimos mito de fundación y nombramos: por lo pronto 1810, Mariano Moreno, San Martín ya lo tenés un poco más adelante, Alberdi, tenés la Constitución de 1853, pero como sabemos la consolidación del Estado nacional se logra en 1880; la estabilización de un orden político -hasta donde se pueda considerar que, en Argentina, se estabilizó un orden político- y lo que se reconoce como en definitiva el proceso de organización nacional, se da en ese año. Recordemos que la “reorganización” nacional de la dictadura era respecto de aquella organización primaria; tiene otra vez la marca de la guerra, pero con ese precedente. Claramente es esa secuencia, de las guerras de independencia como guerras fundacionales. No solo que haya habido guerra. Pensándolo desde la literatura, y pensando hechos históricos desde ella, existe siempre este mismo juego entre acontecimientos históricos, la dimensión fáctica de la historia y la carga de significación que se pone sobre esos hechos, que es no solo que haya habido guerras de independencia, porque en otros países también las hubo, sino haberle otorgado la dimensión fundacional que se le otorga. Cuando en 1880 se produce la consolidación del Estado nacional y la organización definitiva del Estado, sin duda es algo más que una coincidencia que apenas un año antes se produce la llamada Campaña del Desierto. Por un lado, como sabemos, tiene que ver con la finalmente federalización de la ciudad de Buenos Aires, un proyecto que ya venía intentándose previamente. Pero no es una simple coincidencia. La consolidación del Estado nacional moderno requiere, como todos sabemos con Max Weber, el monopolio de la violencia legítima y el control del territorio nacional. Entonces otra vez hay una escena de

guerra, de otro orden, pero en la misma frecuencia, que implica la culminación de ese ciclo.

-Uno de los capítulos de *El país de la guerra* se titula “Animalada”, haciendo una analogía entre la animalidad y los actores que, desde el discurso hegemónico, se construyen y se ponen en juego a nivel narrativo en estas guerras de exterminio.

-Ahí hay un procedimiento muy trabajado, muy analizado, muy nítido, pero también muy fuerte y eficaz, que es la deshumanización, porque en el caso de la campaña de exterminio de indios, no era ni siquiera percibirlos o no como connacionales, sino como humanos! Y algo que surge enseñando Borges para extranjeros -porque estoy dando unos cuentos- es la explicación de que “cristiano es humano”, porque el indio no cristianizado no era no cristianizado, era no humano. Entonces todo el imaginario de animalización, que en realidad se abre a todo un imaginario no solo de los indios, sino de la barbarie, que está en *Facundo* y en *El matadero*, efectivamente funciona así, y la deshumanización de los indios como condición de posibilidad también para la legitimación de la matanza que se hizo y que, de alguna manera, está ya cifrada en la designación siniestra de la Campaña del “desierto”, un desierto donde vive gente, lo cual es un contrasentido, y al mismo tiempo si esa gente no es gente, sí es un desierto. Hay un libro muy bueno de Fermín Rodríguez que se llama *Un desierto para la nación*, da vuelta la fórmula de Tulio Halperín Dongui, porque es una campaña para “producir” el desierto, le cambia el sentido del “del”. Pero también uno podría interrogar cómo es esa mirada que observa un territorio donde hay habitantes y no ve a nadie, cómo se produce esa anulación, el imaginario de los malones como “aluvión animal”, toda esa formulación de “animalización” que está obviamente en la asignación de los indios, pero también de los federales, de los caudillos. Ese despliegue es muy amplio y tiene al menos una voz disonante que se destaca: la de Lucio V. Mansilla en *Una excursión a los indios ranqueles*, y que también aparece en ciertas zonas del *Martín Fierro*, algo que se juega entre la primera parte del *Martín Fierro* y la segunda. Me parece extraordinario cómo queda planteado y formulado allí, porque no es un solo libro: lo que nosotros hoy llamamos *Martin*

Fierro es algo que José Hernández nunca publicó. Publicó un libro que se llamaba *El gaucho Martín Fierro* y otro que se llamaba *La vuelta*. Los siete años que transcurren para el personaje Martín Fierro, son los siete años reales que transcurren entre un libro y el otro -que ahora están unidos y sabemos que son muy distintos entre sí-, pero es muy interesante que ese hueco, esa franja, esa ausencia, ese silencio que hay entre una parte y la otra, ese “afuera”, es un “afuera” en más de un nivel: es un afuera de los textos -termina la primera parte, Fierro y Cruz se van; empieza la segunda, Fierro vuelve- y en ese “afuera” del texto está el “afuera” de los indios que es, efectivamente, “un” afuera. Todo ese imaginario del afuera nos plantea un problema y es que “el afuera está dentro”, un afuera que está adentro. Algo que resalto mucho cuando doy clases para extranjeros -porque nosotros lo tenemos totalmente incorporado- es que cuando decimos “campaña de frontera”, “texto de frontera” no es la frontera nacional. Es raro, es significativo que no nos remita a la frontera territorial. Decimos “frontera” y es “frontera con los indios”. Entonces, ¿qué pasa en un proceso de constitución de Estado nacional que tiene una frontera adentro? No la frontera con el “afuera”; es una frontera con el “adentro”. En un punto, y trazando la secuencia que estamos trazando, no es sorprendente que la resolución sea por la vía militar. Es deplorable pero no sorprendente.

-Cuando mencionabas la dialéctica civilización-barbarie en el ejercicio del terror, pensaba en Los Sertones de Euclides Da Cunha, donde se plasma una narrativa que, al mismo tiempo, es militar y ensayística, de registro en caliente de los acontecimientos, donde quien escribe empieza a percibir lúcidamente que lo que se está imponiendo a esas poblaciones rebeldes de Brasil no es un progreso civilizatorio, sino lo peor en términos “bárbaros”. Preguntándote a nivel personal y literario, ¿cuál ha sido tu acercamiento a esa América Latina morena más allá de tu condición “bostera”? ¿Cómo aproximarse a esas otras realidades que distan de ser exclusivamente castellano hablantes, ciudadanas, blancas, europeístas? ¿Qué fuiste encontrando que tenga que ver con una América negra, indígena, hedionda, mestiza, popular, es decir, narrativas mucho más plurales y amplias de lo que suele imaginar la literatura hegemónica?

-Está bien que hayas mencionado a Boca, que es mi máxima aproximación a la barbarie; es lo más cerca que estoy de ser “bárbaro”, no ahora, en la cancha, y a pesar de todo es poco [risas]. Ese cotejo es más que interesante para hacer lo que hay que hacer con cualquier construcción ideológico cultural, que es desnaturalizarla. La eficacia de esos procesos de construcción ideológico cultural que se naturalizan, por ejemplo, el respingo que uno puede llegar a dar a determinada edad, cuando se entera que no siempre hay un “padre de la patria”. “¿El ‘padre de la Patria’ de ustedes cuál es?”, preguntamos; “No tenemos”, nos responden, y no perciben que les falta algo, sino que hay otros modos posibles de configurar identidades colectivas, visiones del pasado, narraciones de comunidad. Cotejar casos con América Latina es particularmente interesante por eso, y porque me parece que permite resaltar una formulación -no sé si decir exclusiva- pero quizás diferencial en el caso argentino. Me resisto a pensar que hay singularidades argentinas, quizás la única singularidad argentina es suponer que hay una singularidad argentina, que somos especiales en algo. Cuando uno piensa que hubo una vanguardia en Brasil -de la que se están cumpliendo ahora cien años- que formuló *Tupi or not tupi*, o sea, que logran conectar paródicamente, carnavalescamente y jocosamente el universal shakespeariano con lo indígena; o que existió una revista ligada a la modernidad literaria en Perú que se llamó *Amauta*. Argentina sale campeón mundial en el ‘86 en un estadio que se llamaba “Azteca”. No podemos concebir en Argentina un estadio que se llame “Diaguitas”, ni siquiera en el interior; no podríamos tener “Mapuche Kola” como hay “Inca Kola” en Perú. En parte puede tener que ver con la condición histórica de las respectivas culturas indígenas de los respectivos lugares, pero, como una y otra vez decimos, están las condiciones históricas y está el modo en que se les imprime una significación. Yo creo que hay allí un aspecto determinante: todos los Estados nacionales se constituyen con la hegemonía de la burguesía, la de los otros países de América Latina también. En todos los países esa hegemonía burguesa se constituye en la postergación y la explotación de los sectores populares, y en todos los casos se resuelve también, como contrapeso o redención simbólica del relegamiento y sometimiento social, una cierta mitificación de un mundo popular, como parte del

dispositivo de la identidad nacional una cierta mitificación de “lo popular” que, como sabemos, no consiste en ninguna reivindicación genuina. En Perú existe la “Inca Kola”, en México el estadio se llama “Azteca”, pero los indios y sus descendientes no la pasan bien, siguen siendo los postergados, los relegados y los explotados de las respectivas burguesías. En cualquier caso, no deja de ser significativo cómo hay una resolución simbólica de esa postergación real para construir un mito de identidad, que incorpora un mito de “lo popular” a la identidad nacional. Entonces, efectivamente, hay presencia de “lo indígena” en Lima, hay presencia de “lo indígena” en México, junto con la postergación efectiva. Ese aspecto, esa zona de la resolución de la construcción de una mitología popular al interior del dispositivo de identidad nacional, en el caso argentino se resolvió con la tradición gauchesca: por eso también el trabajo sobre el *Martín Fierro* es un clásico nacional. El *Martín Fierro* es un gran poema, pero podría ser un gran poema y no ser un clásico nacional. *Una excursión a los indios ranqueles* es un gran libro, en un sentido es un clásico y en otro sentido es un libro siempre incómodo, porque no encaja con esta formulación; mientras que *Martín Fierro* se sostiene en una lectura en clave de guerra porque, en definitiva, es cómo se hace de una violencia asocial una violencia útil al Estado, o sea un soldado. El propósito no es neutralizar la violencia delictiva de Fierro, es volverla útil al Estado, que esa violencia sea regulada en el Ejército. Borges captaba muy bien estas cosas cuando decía: “*qué raro que a los militares les guste tanto el Martín Fierro, cuando es la historia de un desertor*”. En Fierro está todo: está la leva, está la desertión, está la vuelta. No solo en *Martín Fierro*, pero tomemos *Martín Fierro*. Al inscribir, con la gauchesca, ese proceso de la producción de una mitología de “lo popular” al interior de los dispositivos de la identidad nacional, en la misma operación ideológico cultural se excluye a los indios, porque se configura a la mitología del gaucho, pero el gaucho hace la guerra contra los indios. Está ese “afuera” que es un afuera del texto, pero la violencia que administra Martín Fierro en el poema -antes de volver sosegado- va dirigida a otros gauchos, a un negro o a la guerra contra los indios. La misma configuración que tiene todas las características de, digamos, una valorización y mejoras sociales para los gauchos -los cagaron como cagaron a los indígenas, y

a los negros y a todos los sectores postergados en todos lados-, a la hora de dotar de esa dimensión de potenciación simbólica y construir el mito de lo nacional popular en el gaucho, va de suyo a la exclusión de los indios, porque se narra al mismo tiempo, porque no hay nunca una alianza gauchos-indios. Por eso, insisto, son muy interesantes esos siete años de Fierro “afuera”, pero está afuera, está afuera del texto, está evocado, no está narrado, porque queda efectivamente afuera. A la vez, el relato va a aportar a sostener la consagración de Martín Fierro, que es algo que funciona -como recién decíamos en los casos de *Amauta* o *Tupi*-, ya que la revista del grupo más moderno de la literatura argentina se llamaba Martín Fierro, el suplemento cultural del diario anarquista se llamaba Martín Fierro, y los premios que da la televisión argentina se llaman Martín Fierro. Allí está no solamente el momento de la validación del imaginario de “lo popular”, si no, junto con esa validación, las exclusiones: gauchos e indios quedan excluidos en la misma operación.

Violencia política y revolución

-Pensando en otro libro tuyo, 1917, vinculado a la Revolución Rusa, un interrogante que surge es en qué medida es posible volver a pensar en algo incómodo como es la violencia, al momento de apostar por un proyecto emancipatorio. Al cumplirse los cien años, vos abordaste la Revolución Rusa, que por cierto no es explicable sino a partir de una guerra. ¿Cómo repensar hoy un proyecto revolucionario revisitando el vínculo entre narrativa, violencia y política, algo que también trabajaste en el caso del Che? ¿Qué diálogo puede establecerse entre violencia y política al calor de esos imaginarios que, como fantasmas, espectralmente, nos siguen acechando en la clave de aquello que Enzo Traverso llama una “melancolía de izquierda”?

-Me temo que algo de eso hay. En 1917 yo había ensayado lecturas de escenas en las que se ponía en juego las relaciones, articulaciones, desarticulaciones, pasajes, desfasajes, escritura, lectura, pensamiento, prácticas intelectuales y acción revolucionaria. Ahora tengo que dar una clase sobre Sartre, o sea, la relación de los intelectuales con la acción

política, y generalmente el movimiento que hacemos es ese: tomamos posiciones de distintos intelectuales -hoy me toca dar Sartre, pero podés dar Viñas-, los intelectuales respecto de la acción política. Pero los hombres de acción política fueron también intelectuales. Lenin era un intelectual, Trotsky era un intelectual. Si ese libro lo estuviera escribiendo hoy, estaría Rosa Luxemburgo, quien entró más tarde a mis lecturas. Ya había leído a Rosa Luxemburgo, pero no los textos de la cárcel que estuve leyendo todo este tiempo porque me interesa ese caso, me interesó trazar una secuencia. *1917* no es un ensayo histórico sobre la Revolución Rusa; hubo alguien que lo leyó así y todo el libro le pareció que no funcionaba, claro, no funcionaba porque no era. Es como leer una novela erótica como si fuera un policial, decís “esta novela está mal” pero, claro, está mal porque no es policial, “falta un crimen, falta una investigación”, es que no es un policial! El libro está armado como un mosaico de escenas donde coexiste la condición del hombre de acción o la práctica revolucionaria y la práctica intelectual, entendida a la vez como práctica. Escenas donde eso se mueve o confluye, o una desplaza a la otra, o una interrumpe a la otra, como en el caso más nítido de Lenin: *“tengo que parar de escribir: estalló la revolución”*. Después, algo que como bien decís, puede ser considerado un síntoma de época, es el hecho de que haya quienes -gente muy retardataria- están denunciando la relación de Rodolfo Walsh con la violencia política. Esto es algo que uno diría, ¿qué es lo que hizo posible que esa cosa -que todos sabemos- sea enunciada como una develación cuando nadie la ocultó? Ni él ni nadie ocultó eso. No se conoce ningún proceso de transformación histórica en la historia de la humanidad, donde los sectores de poder -que van a perder el poder por esa transformación- se resignen dócilmente. Todos ofrecen resistencia por la violencia, es tan básico y tan sabido como este lugar común que estoy diciendo. No ha habido jamás ningún sector de poder que cediera ese poder con resignación; sabemos que oponen siempre violencia. Por lo tanto, a mí me interesa ese cotejo porque hoy en día, como síntoma, hay por un lado un espanto ante toda forma de violencia como motor de transformación social, un espanto sospechosamente subrayado; al mismo tiempo que es un país que se piensa a sí mismo fundado en la violencia revolucionaria, si volvemos a lo que decíamos en un

comienzo. “Estaba ligado a la violencia”, nos dicen. ¡San Martín también! “El Che Guevara era un hombre ligado a la violencia” ¡claro! San Martín también, Belgrano también, Güemes también. ¡Todos tienen calle! Porque estaban efectivamente participando en un proyecto de transformación social y el rey de España opuso resistencia, es una obviedad. Durante mucho tiempo detectamos, marcamos y comentamos que había una desideologización del Che Guevara, se pusieron muy de moda los posters, las remeras. Marcamos mucho que ese era un Che Guevara desideologizado, pero también y de la misma manera, advertimos que era un Che Guevara desligado de las prácticas de la violencia y de la eventual legitimidad de las prácticas de la violencia. Lo he contado más de una vez, pero porque me parece muy indicativo: años noventa, yo daba clases en un colegio secundario, eran los años de la película *Tango Feroz*. Veo a un pibe que tenía dos colgantitos en el cuello: el símbolo de la paz y el Che Guevara. Yo decía: “entiendo los dos, no entiendo la combinación”. En *Tango Feroz* había personificado un Che un poco superpuesto con John Lennon en la cama con Yoko. No solamente se lo fue vaciando de la ideología comunista, sino que también se lo fue vaciando de la condición de hombre de lucha armada, de sujeto de lucha armada y de la pregunta por el recurso de la lucha armada. Entonces, se transforman por completo las lecturas que en una franja, en una zona más trivial, más simplificada, pero muy eficaz de los medios, se piensan los años setenta, donde se pretende invocar que haya habido violencia como algo a denunciar, como una novedad, como si no hubiese habido revisiones, críticas, autocríticas, como si hubiese sido algo que se escondió durante todo este tiempo y Ceferino Reato descubre que hubo violencia y lo denuncia, él descubre que hubo violencia y nos avisa, cuando la lucha armada es algo que se constituyó en ese momento, hubo disidencias fuertes en ese momento, hubo casos -el propio Rodolfo Walsh- de adhesiones y luego disidencias en ese momento, y sucesivas revisiones críticas en los cincuenta años que pasaron. Creo que hay algo respecto a lo que vos planteas, porque estamos ensayando variaciones de un cierto velo para que esta denuncia sea verosímil, que tiene que ver con cierto proceso de elaboración colectiva de los años sesenta, setenta, la dictadura, etc. Esto está muy analizado y no hacemos más que retomarlo: cuando termina la

dictadura se hacía muy difícil una enunciación que no inscribiera solamente la posición de las víctimas de la represión, porque había sido y seguía siendo todavía tan eficaz la invocación del aparato represivo y del “algo habrán hecho”, había sido tan útil al aparato de la represión y no dejaba de serlo el “algo habrán hecho”, que solamente se podía enunciar desde la posición de las víctimas del terrorismo de Estado. Cualquier invocación o apelación a la militancia política activa, parecía funcional al “algo habrán hecho”. “Viste, no eran inocentes”, es una trampa obviamente, pero esa trampa funcionaba. Que algo sea tramposo no quiere decir que sea ineficaz y que uno lo vea como trampa no quiere decir que sea ineficaz, era eficaz. Colectivamente era difícil salirse de esa trampa porque cualquier invocación de una práctica militante activa, no ya la condición de la víctima, cualquier recuperación y aún reivindicación de la práctica política activa, parecía que no podía sino ser funcional al “algo habrán hecho”. Todo eso quedaba, efectivamente, entre paréntesis y la perspectiva se concentraba en la condición de víctima: el torturado, el secuestrado. Lo cual es real, todo es real, el asunto es qué de esa realidad entra en una disposición y en una elaboración, y qué no. A partir de los '90, con la aparición de H.I.J.O.S. y el modo en que el discurso de H.I.J.O.S. afecta el discurso de las Madres, se empieza a poder recuperar y reivindicar la condición de revolucionario y la militancia revolucionaria. Creo que ese ciclo -que fue importantísimo- logró desactivar esa trampa, esa encerrona que era el “algo habrán hecho”, porque se fueron generando las condiciones de posibilidad para decir “sí, algo hicieron” y reivindicar por ejemplo el “soy zurdo”. Ampliar ese movimiento hacia la dimensión armada me parece que es algo que todavía está transcurriendo, lleva años. Yo creo que hay algo en el kirchnerismo que, por un lado, acompañó o consolidó esta recuperación de las prácticas militantes, pero desde una posición donde evidentemente la dimensión estrictamente revolucionaria no entraba del todo ahí. Entonces es una recuperación difusa, tan difusa como la militancia de Néstor y Cristina, que no sabe bien en qué consiste. Cuando uno ve la película sobre Kirchner aparece la militancia necesariamente difusa. Por un lado, hay una recuperación y una validación, se pone eso en escena frente a un cierto escamoteo previo, pero en alguna zona premeditadamente imprecisa, la

dimensión de la lucha armada se omite. Se podría ver en dos escenas: una es en *Los Rubios* de Albertina Carri, es una película que me interesó mucho y sobre la que escribí un artículo. Hay algo que nunca dije, yo trabajé en la escena de los playmobil. Nunca la critiqué, nunca dije que estaba mal o que era banal, al contrario, me tomé muy en serio la escena de los playmobil, porque la película los pone en serio y yo me lo tomé en serio, nunca dije “cómo va a usar playmobil”, me pareció perfecto. En la escena de los playmobil hay un cochecito que viene con los muñequitos y un arma. En la escena siguiente es un plato volador y el arma ya no está en el cochecito. Yo leí en esa representación la borradura de la dimensión de la lucha armada, en el sentido de que para borrar algo primero tiene que estar. Más que borradura habría que decir la tachadura. Está, tachado. Estaba para no estar más, y para desplazar la lógica de la lucha armada hay una lógica extraordinaria, tipo novela de César Aira. Eso me parece sintomático. Creo que hay un quiebre también en *Infancia clandestina*, película que es muy significativa. Hay dos películas que habría que revisar de qué año es cada una: una es la que se llama *Revolución*, sobre San Martín, que dirige Leandro Ipiña, porque es la guerra. No está ni el héroe impoluto de *El Santo de la espada* -que es perfectito, de uniforme, no tiene ni un pliegue, no hay una gota de polvo-, ni es el héroe sacrificial de la enfermedad de *El general y la fiebre*, sino el hombre de guerra. Y además la película se llama *Revolución*. Me parece muy significativa esa película y la conectaría, en este arco que estamos haciendo entre el mito de fundación y la interrogación más histórica, con *Infancia clandestina*, donde sí aparece una cotidianeidad ligada a las armas y a la lucha armada.

-En películas más recientes, como La casa de los conejos (2020), la narrativa de la violencia revolucionaria y su contradictoria presencia en la vida cotidiana se asume también en esa clave explícita.

-Sí, leí la novela. Son ciclos históricos. No se podría haber escrito esa novela antes; de hecho, la autora, Laura Alcoba, ha contado cuándo y cómo pudo escribir esa historia. Esa es la dimensión de la discusión de la lucha armada. En los años '80 la trampa era “no eran inocentes, militaban”. Sí, militaban, reivindicamos la militancia. “No eran inocentes, recurrieron

a la lucha armada”. ¡Pero claro que recurrieron a la lucha armada! Ya lo sabemos. La discusión es la que ellos mismos dieron en ese momento y a lo largo de estos 50 años: ¿Era el momento, era la manera, estaban dadas las condiciones, no estaban dadas las condiciones? Esa discusión tiene pilas de bibliografía, no solo no es algo no dicho, sino que es algo muy dicho, muy discutido, lo que no quiere decir que esté cerrado, nada está cerrado, nunca, pero no es exactamente silenciado. Partiendo de la base de lo que cualquiera de nosotros da por sentado, da por sabido: cualquier proyecto de transformación social tiene la alternativa de la violencia, como una necesidad impuesta no por la propia acción revolucionaria, obviamente, sino por lo que llamamos el enemigo. Sino que traigan una revolución donde eso no ocurrió. Ya sabemos que no hay. Ahora, si en la Argentina en esos años estaban dadas las condiciones revolucionarias, si hacer lo que se hizo era indicado o no, efectivamente, esa es la discusión que se daba, se dio, se da y se va a seguir dando, pero es un plano completamente distinto, por fuera de un encuadre que uno encuentra, o con el que tropieza con cierta frecuencia en los medios, que es: “se levantaron en armas contra un gobierno democrático”, como si la lucha hubiese sido democracia/dictadura. Ahí hay una trampa retórica, burda en un sentido y eficaz al mismo tiempo. Hay trampas que son burdas y por eso las desarmás, que era suponer que se tomaban las armas para luchar contra la dictadura. Se tomaban las armas para luchar contra la explotación del capitalismo.

Ficciones verdaderas

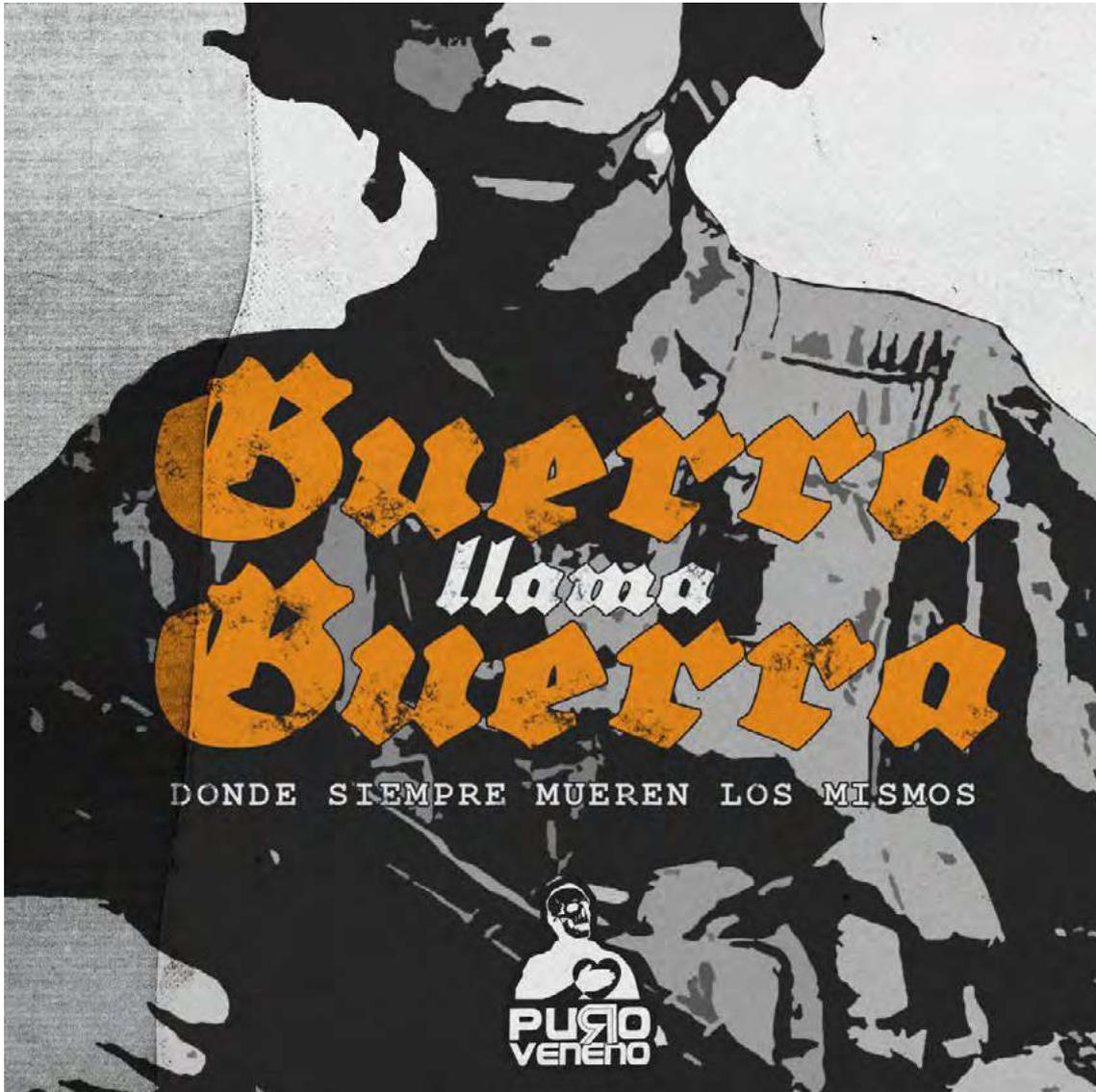
-En este tiempo de colapso inminente, de crisis, pandemia y guerras, ¿hay que apelar a la ficción para poder pensar alternativas y utopías?

-Yo no sé si hay tanto colapso. Siempre parece que estamos al borde del colapso y después no hay colapso. Igual, como trabajo en la Facultad de Filosofía y Letras, la idea de que estamos al borde del colapso es recurrente. Yo entré a estudiar acá en el año '85 y siempre estamos al borde de la revolución. Es algo que tiene su atractivo también, vivís en un clima... aunque el capitalismo no pasa.

-Pero es cierto que la pandemia nos sacudió en un sentido más extremo, puso como nunca en evidencia la extrema fragilidad de la vida y se apeló a la ficción o a la literatura para poder procesar lo que resultó ser una experiencia abismal.

-Obvio, todavía no terminó del todo una experiencia colectiva de enorme impacto. Yo diría, en situaciones como estas, pero en todas, no solo en esos momentos en los que el mundo parece desrealizarse, sino también cuando el mundo se presenta en la crudeza de la realidad consabida, la ficción siempre tiene la posibilidad de plantear alternativas. En el caso de *El país de la guerra* yo puedo trabajar con textos históricos y con textos de ficción, no porque los homologue, no porque crea que la historia es ficción ni que la ficción es verdad, pero sí son ángulos de interrogación. Al tener una relación diferencial con la verdad y la mentira, la ficción no es ni verdad ni mentira, en el sentido de la inmediatez constatativa de lo fáctico. Siempre pongo el mismo ejemplo: *Madame Bovary* ¿Es verdad o mentira? Si vos preguntás si es verdad o mentira, es mentira. ¿Existió Madame Bovary? No. ¿Tuvo un amante? No. Todo eso, no es. Si lo interrogás como verdad o mentira, habría que contestar mentira y la respuesta es totalmente absurda para una novela. Al mismo tiempo, la ficción, al no estar sujeta a una consideración en primera instancia verdadero/falso, en términos de constatación empírica, traba otro tipo de relación mediatizada con la verdad, porque hay algo de la condición epocal de la burguesía que sí está plasmada en *Madame Bovary*. Hay una cierta verdad ideológico cultural del “tedio” burgués, esa verdad social está perfectamente captada en *Madame Bovary*. Entonces, efectivamente, la ficción, al suspender la relación inmediata con lo verdadero, traba una relación mediatizada con la verdad que, en más de un sentido, puede ser revelador. Hay muchísimos casos, pero para mí, el caso de las ficciones que se produjeron alrededor o a propósito de la guerra de Malvinas es un caso paradigmático. Liberados de una relación con la verdad tal como puede asumir un texto histórico o un texto testimonial -y por lo tanto narrando lo que no pasó, inventando lo que no pasó- se consiguió plasmar en varias de estas novelas, como *Los Pichiciegos* de Rodolfo Fogwill, caso paradigmático porque es la primera, otro tipo de verdad de ese hecho histórico. Cuando la realidad se altera y

se enrarece, más todavía, cuando se dice convencionalmente: “con esto solo se puede escribir una novela”, porque si escribís una crónica realista te sale una novela. Yo diría que es una condición propia de la ficción esa posibilidad.



Derivas rusas de la invasión a Ucrania

Martín Baña*

El 12 de julio de 2021 la página oficial del Kremlin publicó un extenso escrito firmado por Vladímir Putin que llevaba por título “Sobre la unidad histórica de los rusos y los ucranianos”. Allí el presidente ruso ofrecía su interpretación respecto de la historia de los dos países y también una hipótesis: ambos pueblos estarían unidos por un origen común pero también por una lengua, una cultura y una religión. El 24 de febrero de este año, al anunciar la invasión a Ucrania, Putin retomó un argumento que había expresado en la conferencia de prensa anual a fines de 2021 en el que decía que “una Ucrania independiente había sido un error de Lenin y los bolcheviques”. Estas intervenciones son demostrativas del lugar destacado que ocupan tanto Ucrania como el discurso histórico dentro de la lógica del putinismo y que ayudan a explicar, en parte, tanto las razones de la invasión a Ucrania como sus derivas rusas.

Al evocar la historia, Vladímir Putin se presenta como un heredero de una larga tradición dentro de la política exterior rusa que puede, incluso, remitirse a los tiempos zaristas. En ese marco, entiende que es un momento de reordenamiento y disputa por la hegemonía global y que, ante la supuesta debilidad de sus enemigos, Rusia debe aprovechar la coyuntura para reposicionarse como un eventual líder dentro de una

* Profesor de Historia de Rusia en la Universidad de Buenos Aires e Investigador del CONICET. Invitado por el Grupo de Trabajo CLACSO Estados en disputa para participar en este número del Boletín.

nueva etapa de la civilización. Es esta cuestión la que se está poniendo de manifiesto en este conflicto, más allá de lo que suceda eventualmente con Ucrania. El presidente ruso no es un idealista ni un nostálgico de la Unión Soviética, sino un dirigente pragmático que, desde que accedió al poder en el año 2000, ha intentado, por un lado, reposicionar reforzar el rol del Estado a nivel interno y, por el otro, colocar a Rusia como un actor de relevancia en el orden global.

Esta orientación se ha profundizado a partir del tercer mandato presidencial iniciado en 2012. En ese sentido, podemos distinguir tres derivas que se reforzaron y se potenciaron desde entonces. En primer lugar, la emergencia de un *neoconservadurismo*. El putinismo se opone a cualquier forma de cambio social o medidas en un sentido que podríamos considerar *progresista*. En los últimos años, de hecho, reforzó sus formas de control y de represión. En 2012 se aprobó una Ley sobre Agentes Extranjeros que obliga a todas aquellas organizaciones civiles que reciben algún tipo de ayuda financiera desde el exterior y que tiene algún tipo de actividad política a registrarse como tales, y que en 2020 fue robustecida al endurecer las penas y ampliar el margen de lo que se entendía por actividad política. Gracias a esa ley fue obligada a cerrar sus puertas *Memorial*, tal vez la mayor y más prestigiosa organización de Derechos Humanos que existió en Rusia hasta hoy, dedicada a investigar tantos los crímenes del estalinismo como las atrocidades del presente. Por su parte, el principal opositor Alexey Navalny fue encarcelado el año pasado y su organización prácticamente desmantelada, por solo mencionar el caso más resonante de los tantos que existen a un nivel de menor exposición. En marzo pasado, y en el marco de la invasión a Ucrania, fue aprobada una ley que contempla penas de hasta 15 años de prisión para todo aquél que emita “noticias falsas” respecto de lo que el discurso oficial llama como “operación militar especial”.

En segundo lugar, y vinculado con lo anterior, observamos un refuerzo del *nacionalismo*. Uno de los puntos centrales del putinismo es el desarrollo de la idea de una continuidad del Estado ruso, que serviría de hilo conductor para las distintas etapas de la *larga* historia del pueblo ruso. En su discurso sobre el estado de la Federación de 2012 Putin

sostuvo: “para revivir nuestra conciencia nacional, necesitamos unir las eras históricas y comprender una simple verdad: que Rusia no comienza en 1917 o incluso en 1991. Tenemos una historia común y continua que se desarrolló por más de mil años y debemos confiar en ella para encontrar la fuerza interna y los propósitos de nuestro desarrollo nacional”. Sea bajo el Imperio de los Romanov, la Unión Soviética o el presente capitalista, se trata de una *misma* Rusia. En ese sentido, el presidente ruso considera que para que el país pueda jugar un rol significativo en la arena mundial, debe mantener un Estado fuerte y unitario ya que el país fue influyente cuando mantuvo un poder político centralizado y un territorio unificado. Por el contrario, su posición perdió peso cuando la autoridad política central se encontraba debilitada. Hay varios ejemplos a lo largo de la historia, pero sin dudas el que más se destaca es la Revolución de 1917. Este último evento encarna muy bien lo que para la razón putinista debe evitarse a toda costa: la interrupción de la continuidad estatal y la disgregación del territorio, además de lo que un acontecimiento como tal supuso en términos de ampliación de derechos y libertades. Es dentro de esta lógica que debe entenderse la intervención de Putin en diciembre pasado, cuando dio a entender que de no haber sido por la insistencia de los bolcheviques con la autodeterminación de los pueblos ese territorio todavía formaría de una *gran Rusia*. Esta cuestión forma parte de la necesidad del putinismo de restaurar un mundo ruso [*russky mir*] que unifique y proteja a todos aquellos que forman parte de esa comunidad lingüística y cultural, que habría quedado a la deriva luego de la disolución de la Unión Soviética. La política exterior rusa está en gran parte guiada por esta idea de una civilización rusa dividida y amenazada por fuerza foráneas.

Finalmente, observamos un regreso del *tradicionalismo*. El putinismo expresa una visión conservadora y antioccidental del mundo, rayana en el antiiluminismo. Por ejemplo, es hostil a los derechos de las diversidades sexuales. En consonancia con la Iglesia Ortodoxa, considera que la homosexualidad es producto de las influencias extremistas y foráneas, sobre todo de un “Occidente que está en decadencia y perdiendo sus raíces”. Por el contrario, la heterosexualidad y los valores familiares tradicionales son vistos como rasgos intrínsecos a la nación rusa. En

junio de 2013 la Duma aprobó una ley que penaliza la “propaganda de relaciones no tradicionales”. El eufemismo no solo evita la mención de la homosexualidad, sino que también marca su novedad y, por lo tanto, su condición foránea. Dentro de esta lógica, el feminismo es un blanco directo, ya que también es visto como un producto importado y disolvente que ataca los valores tradicionales de la sociedad. Eso va de la mano de una cuidadosa construcción de la masculinidad de Putin, donde puede vérselo practicando judo o cazando con el torso desnudo, lo que devuelve la imagen de un verdadero hombre capaz de usar la fuerza si es necesario para revertir la situación de humillación internacional a la que fue sometida Rusia luego de la disolución de la Unión Soviética.

Putin ofrece al mundo a una Rusia con un Estado fuerte y una nación revitalizada, capaz de ser la única guardiana de los valores que Occidente no ha sabido cuidar. De esta manera, lo que se juega en este conflicto va más allá de Ucrania. El tiempo dirá hasta dónde podrá llegar, efectivamente, esta proyección.

Un nuevo lenguaje para el conflicto¹

Francesco Sticchi*

En *La máquina blanda*, William Burroughs describe el lenguaje como un virus (y hoy podríamos decir que los virus son lenguajes), un flujo informativo que modifica los cuerpos y los sistemas de relaciones según sus propias lógicas internas. La Guerra Fría -como también subrayaba Gregory Bateson con la noción de *esquismogénesis* (generación negativa por separación)- era un lenguaje de oposiciones binarias, que se desarrollaba en forma parasitaria mediante una continua agudización de posiciones. Acumular decenas de miles de bombas atómicas, lanzarse en guerras continuas en nombre de terceros, construir fronteras y líneas de influencia arbitrarias, todas estas y otras operaciones no hacían más que encarnar la lógica lingüística de los bloques contrapuestos.

La guerra abierta en Ucrania -como nos recuerdan las intervenciones de Ida Dominijanni, Lea Melandri y Nadia Urbinati- se nos presenta como una nueva semiosis binaria. Por todos lados escuchamos hablar insistentemente de liberalismo/autoritarismo, Occidente/Oriente y, obviamente, de amigo/enemigo. Más allá de la hilaridad que estas oposiciones

* Profesor de Estudios de Cine en la Universidad Oxford Brookes. Sus investigaciones más recientes se concentran en una concepción ecológica del cine y en la construcción de contra-subjetividades a través de la experiencia audiovisual en la era de la precarización.

¹ Publicado en *Le parole e le cose* (www.leparoleelecose.it). Traducción del italiano para este número del Boletín a cargo de Agustín Artese.

puedan provocarnos -y de la constatación de que este vocabulario no haya desaparecido, de hecho, del debate público- aquello que se presenta como particularmente inquietante es la forma en que estas dicotomías parecen ponerse como el único recurso frente a las urgentes crisis del presente y del futuro próximo. Las grandes emergencias ecológicas, políticas, económicas y, por ello mismo, también semióticas, de nuestro tiempo no encuentran otra respuesta que en los pomposos exhortos “¡Cierren filas!”. Nunca habíamos visto una Europa tan políticamente unida como sucede respecto al rechazo neto al imperialismo ruso, se dice por todos lados con un optimismo desesperado y mal disimulado.

Y, aun así, esta unión aparente no es otra cosa que la expresión del lenguaje de la guerra de posiciones, un movimiento reactivo, y, por lo tanto, carente de fuerza creativa. Occidente no se recompone alrededor de las nociones de bienestar, futuro, prosperidad, o de la recuperación de la democracia tras décadas de vaciamiento de sus estructuras, sino sobre las nociones de orden, frente y rearme, incluso en aquellas comunidades que habían hecho del desarme un valor político aparentemente innegociable. Junto a enemigo actual (Rusia) se piensa a los enemigos futuros (China), a los amigos verdaderos y a los falsos amigos, aquellos que serán determinados y decretados en función de exigencias contingentes. Vuelven a estar en auge figuras neoconservadoras que han sido responsables de tragedias y masacres en Oriente Medio, y Hillary Clinton habla con liviandad de convertir a la resistencia ucraniana en los nuevos *mujahideen* afganos, sacrificando a la entera población con el objetivo de desangrar al eterno enemigo, siguiendo los manuales de la Guerra Fría.

Obviamente, recordar las hipocresías de la así llamada “comunidad occidental” (que hoy descubre horrorizada que invadir una nación está mal) como muestra Ilan Pappé, no significa absolver a las absurdas aventuras imperiales de Rusia, sino pensar críticamente en las causas de tales catástrofes y fracasos. La absoluta deslegitimación de los organismos de la política internacional, los dobles estándares no demasiado disimulados aplicados a los amigos y a los enemigos, la incapacidad de establecer nuevos instrumentos de “cooperación” económica (al margen del desierto

representado por la monopolista e intrínsecamente fascista *governance* neoliberal) nos arrojan en un futuro tecno-feudal, en el cual la película *Dune* de Denis Villeneuve parece más un documental que una distopía. Bifo, de hecho, ha subrayado recientemente en qué forma el fracaso de la política unilateral de los Estados Unidos encontró, en el abandono (y estrangulamiento) de Afganistán, su prueba más clara, dejando que una serie de instituciones seniles gestionaran su propio declive en forma narcisista y suicida. Igualmente demenciales y simétricamente unilaterales son las políticas zaristas de Putin y del *establishment* económico y militar ruso, que responden a la contingente crisis energética y al miedo (verdadero o simplemente declarado) al asedio con una guerra de dominio, coleccionando piezas territoriales (del estilo “ataco con tres dados desde los Urales”). La farsa, diría Marx, sustituye la tragedia a través de la repetición de procesos históricos análogos.

La guerra, entonces, como lenguaje único. La guerra al virus, la movilización total del trabajo precario en función del relanzamiento de la economía, la resiliencia hasta el agotamiento de cada una de las reservas vitales, la guerra para defender las identidades amenazadas por las influencias externas. Kubrick demostró que la guerra, sin embargo, tiene una mente propia (idiota). Sólo sirve a sí misma (y sería absurdo pensar el contrario), y no existe ningún héroe que pueda imprimirle un sentido ulterior a su propio fin último: destruir al enemigo. La guerra como un cerebro cerrado (la Sala de la Guerra en *Doctor Strangelove*, el campo de entrenamiento en *Full Metal Jacket*, la barroca sede del Estado Mayor en *La patrulla infernal*) que, frente a cualquier agresión, se defiende mediante mecanismos de protección autoinmune (el “dispositivo del fin del mundo”, la ejecución de los soldados “cobardes”, la lucha contra la “manía de la paz”). Si no se obtiene la victoria, es necesario entonces combatir una guerra en el frente interno, destruir a las quintas columnas, a los falsos amigos y a los derrotistas, para evitar la deslegitimación completa.

La guerra, entonces, no puede ser que funcional a las identidades establecidas, o diversamente homogéneas, sino corre el riesgo de disipar sus dinámicas fundamentales. Al mismo tiempo, la destrucción del adversario como fin último requiere la invención continua de enemigos, hasta

alcanzar la paradoja autodestructiva. Cuando Hitler le pidió a la población alemana que se suicidase en masa frente a la derrota inevitable, como recuerdan Deleuze y Guattari en *Mil mesetas*, estaba siguiendo esta lógica hasta sus últimas consecuencias, aquella de la guerra absoluta, que sustituye todo lenguaje político por una semiosis del terror permanente. El totalitarismo contemporáneo, de hecho, aclaraban los dos filósofos, no se caracteriza por cerradas estructuras disciplinarias, sino por una infraestructura de pasiones tristes: inseguridad, agotamiento, culpa, resentimiento, venganza; tensiones que a su vez deben ser motivadas por sujetos externos que deben ser eliminados.

A partir de este punto podemos también deducir la completa diferencia entre la guerra y el conflicto. Allí donde, como hemos visto, la guerra necesita posiciones estables, el conflicto puede evocar el devenir, nuevas subjetivaciones. La multitud se convierte en clase a través de la lucha, así como nos constituimos en mujeres, negros o hierba-animales, mediante las movilizaciones transfeministas, antirracistas y ecologistas. Rechazar la guerra, desertar, oponer el desarme al rearme -para quienes se encuentran fuera de las dinámicas bélicas contingentes- no significa abandonar a la población ucraniana a su propio destino. Significa luchar, incluso desde una posición incómoda e infiel, en primer lugar, por la apertura de las fronteras. Implica trabajar por nuevos espacios transnacionales de mediación y activarse -incluso y especialmente equivocándose juntos- para la elaboración y la creación de formas organizativas diferentes. Para oponer el conflicto a la guerra es necesario el rechazo de los discursos del poder, como nos demuestran con fuerza las movilizaciones en Rusia, negando la identificación entre “patria” y “dominación”. La línea pacifista es, entonces, una línea conflictual, una línea de subjetivación alternativa y transformadora que se opone a la impotencia y al vacío de la guerra y de las exhibiciones de fuerza.

Por este motivo, necesitamos un nuevo lenguaje del conflicto que se ocupe justamente de la crisis de la reproducción (ecológica y social) que involucra a todas las formas gubernamentales contemporáneas, encerradas en un intento cada vez más atroz por defender sus propias razones de ser, carentes de cualquier idea de futuro. No es casualidad que el

gran cine de los últimos años, como analizó Elvira del Guercio, haya tendido a concentrarse sobre ideas de maternidad “oscura” con imágenes para nada consolantes o carentes de referencias fáciles a esencialismos biológicos o culturales. Por citar solo algunos ejemplos: las madres-hermanas del bellissimo *Petite Maman* de Céline Sciamma, las *Madres paralelas* de Pedro Almodóvar, las madres brujas y conspirativas de *Dune*, la madre-cyborg de *Titane*, la madre en conflicto de *La hija oscura* de Maggie Gyllenhall. Todos estos son casos en los cuales el concepto de lo materno está asociado a una tensión ética y política irresuelta. Lo materno aquí no corresponde al maternalismo o al pietismo, sino a la conciencia de la interdependencia y de la relación, a la necesidad de responder a una mutua condición de precariedad. En otras palabras, el concepto se liga estrechamente a la noción de cuidado, a la cual tantas movilizaciones y elaboraciones contemporáneas hacen referencia. Madres que, como en los capítulos de la saga *Alien* o en *Arrival*, devienen ajenas a sí mismas, perdiendo la propia identidad cristalizada en función de las posibilidades de establecer comunidades nuevas.

Por este mismo motivo, el esfuerzo para crear nuevas relaciones no nos brinda necesariamente horizontes serenos ni claras promesas para el porvenir. Puede, de hecho, ver quien lo afronta perdido en el desierto de lo real, postrado en momentos de desesperación e impotencia, aceptar e ir al choque cuando parezca necesario, sin garantizar premios o soluciones definitivas. Pero es aquí, no obstante todo, donde reside la potencia (el contrario del dominio): combatir por la paz, elaborar un lenguaje del conflicto capaz de restituir la complejidad de nuestro devenir en el mundo y de construir nuevas comunidades, pudiendo combinar seguridad y transformación colectiva (aquella que Roberto Esposito llama “inmunidad común”).

Me permito parafrasear las palabras de Spinoza/Gino Strada, recordando que la paz no es la ausencia de la guerra, sino la tensión conflictiva que la supera, repudiando el inútil lenguaje de la muerte y de la autodestrucción.

Textos imperecederos

El **Estado** en debate
Número 2 · Julio 2022

Utopías pacifistas¹

Rosa Luxemburgo

¿Cuál es nuestra tarea en la cuestión de la paz? No consiste en demostrar en todo momento el amor a la paz que profesan los socialdemócratas; nuestra tarea primera y principal es clarificar ante las masas populares la naturaleza del militarismo y señalar con toda claridad las diferencias principistas entre la posición de los socialdemócratas y la de los pacifistas burgueses. ¿En qué consiste esta diferencia? No solamente en el hecho de que los pacifistas burgueses confían en la influencia de las grandes palabras, mientras que nosotros no dependemos únicamente de las palabras. Nuestros respectivos puntos de partida se oponen diametralmente: los amigos burgueses de la paz creen que la paz mundial y el desarme pueden realizarse en el marco del orden social imperante, mientras que nosotros, que nos basamos en la concepción materialista de la historia y en el socialismo científico, estamos convencidos de que el militarismo desaparecerá del mundo únicamente con la destrucción del Estado de clase capitalista. De ahí surgen nuestras distintas tácticas en la propagandización del ideal de la paz. Los pacifistas burgueses tratan -y desde su punto de vista es perfectamente lógico y comprensible- de inventar toda clase de proyectos “prácticos” para restringir gradualmente el militarismo y tienden naturalmente a considerar genuino cada síntoma externo de paz, aceptar todo lo que dice en ese sentido la

¹ Publicado el 6 de mayo de 1911 en el *Leipziger Volkszeitung*. La presente versión constituye la primera parte resumida del artículo y está tomada de *The Labour Monthly*, Londres, julio de 1926. Reproducida en Rosa Luxemburgo: *Obras Escogidas*, Tomo 2, Editorial Pluma, Buenos Aires, 1976.

diplomacia, exagerarlo hasta convertirlo en base para la actividad. Por su parte los socialdemócratas deben considerar que su deber al respecto, como en cualquier otra instancia de la crítica social, es denunciar que los intentos burgueses de restringir el militarismo no son sino lamentables medidas a medias y que la expresión de semejantes sentimientos de parte del gobierno es un engaño diplomático, y oponer a las expresiones y declaraciones burguesas el análisis implacable de la realidad capitalista.

Desde este punto de vista las tareas de los socialdemócratas con respecto a las declaraciones del gobierno británico sólo pueden ser las de denunciar que la limitación parcial de armamentos no es viable, que es una medida que se queda en la mitad del camino, y tratar de demostrarle al pueblo que el militarismo está estrechamente ligado a la política colonial, a la política tarifaria y a la política internacional, y que si las naciones existentes realmente quisieran poner coto, sería y honestamente, a la carrera armamentista, tendrían que comenzar con el desarme en el terreno político comercial, abandonar sus rapaces campañas colonialistas y su política internacional de conquista de esferas de influencia en todas partes del mundo: en una palabra, su política interna y exterior debería ser lo opuesto de lo que exige la política actual de un estado capitalista moderno. Y así se explicaría lo que constituye el meollo de la concepción socialdemócrata, que el militarismo en todas sus formas -sea guerra o paz armada- es un hijo legítimo, un resultado lógico del capitalismo, de ahí que quien realmente quiera la paz y la liberación de la tremenda carga de los armamentos debe desear también el socialismo. Sólo así puede realizarse el esclarecimiento socialdemócrata y el reclutamiento para el partido, en relación con el debate sobre el armamento.

Este trabajo, empero, se volverá un tanto dificultoso y la posición de los socialdemócratas se hará oscura y vacilante si, por algún extraño cambio de papeles, nuestro partido trata de hacer lo contrario: convencer al Estado burgués de que bien puede limitar el armamentismo y lograr la paz desde su posición de Estado capitalista.

Ha sido hasta ahora un orgullo, y el fundamento científico, que no sólo las líneas generales de nuestro programa sino también las consignas que conforman nuestra táctica cotidiana no eran inventadas según nuestros deseos, sino que confiábamos en nuestro conocimiento de las tendencias del desarrollo social y fundamentábamos nuestra línea sobre el curso objetivo de dichas tendencias. Para nosotros, el factor determinante hasta ahora no eran las posibilidades que se presentaban partiendo de la relación interna de fuerzas en el Estado, sino las posibilidades desde el punto de vista de las tendencias del desarrollo de la sociedad. La limitación del armamento, las restricciones al militarismo no coinciden con el desarrollo futuro del capitalismo internacional. Sólo quienes creen en la posibilidad de mitigar y mellar los antagonismos de clase y controlar la anarquía económica del capitalismo pueden creer en la posibilidad de disminuir, mitigar y liquidar estos conflictos internacionales. Porque los antagonismos internacionales de los estados capitalistas no son sino el complemento de los antagonismos de clase, y la anarquía política mundial no es sino el revés del anárquico sistema de producción del capitalismo. Ambos sólo pueden desarrollarse juntos y perder juntos. “Un poco de orden y paz” es pues una utopía tan pequeñoburguesa y mezquina respecto al mercado mundial capitalista como la política mundial, y respecto a la limitación de las crisis como a la limitación del armamento.

Echemos un vistazo a los acontecimientos internacionales de los últimos quince años. ¿Dónde se ve alguna tendencia hacia la paz, hacia el desarme, hacia la solución negociada de los conflictos?

En los últimos quince años tuvimos: en 1895 la guerra entre Japón y China, preludio al surgimiento del imperialismo en Asia Oriental; en 1898 la guerra entre España y Estados Unidos; en 1899-1902, la guerra de los ingleses y los boers en Sudáfrica; en 1900 la penetración de las potencias europeas en China; en 1904 la guerra ruso-japonesa; en 1904- 1907 la guerra de los alemanes contra los hereros en África; en 1908, la intervención militar de Rusia en Persia; en este momento la intervención militar de Francia en Marruecos, sin mencionar las incesantes escaramuzas coloniales en África y Asia. La sola enumeración de los hechos

demuestra que en el lapso de quince años no hubo uno solo sin actividad bélica de algún tipo.

Pero más importante aún es la consecuencia de estas guerras. Después de la guerra con China, Japón efectuó una reorganización militar que le permitió emprender diez años más tarde la guerra contra Rusia y convertirse en la fuerza militar predominante en el Pacífico. La guerra con los boers culminó en la reorganización militar de Inglaterra y el fortalecimiento de su fuerza armada terrestre. La guerra contra España impulsó a Estados Unidos a reorganizar su marina de guerra y entrar en la política colonial con los intereses imperialistas en Asia, creándose así el germen del antagonismo de intereses entre Estados Unidos y Japón en el Pacífico. La campaña sobre China fue acompañada en Alemania por la importante Ley de la Marina de Guerra de 1900, que señala el inicio de la competencia marítima anglo-germana y la agudización de los conflictos entre ambas naciones. Pero existe otro factor de suma importancia: el despertar social y político de las colonias y los países que integran las “esferas de influencia” a la vida independiente. La revolución en Turquía, en Persia, el fermento revolucionario en China, India, Egipto, Arabia, Marruecos, México, también son puntos de partida para los antagonismos políticos, las tensiones, las actividades bélicas y el armamento a nivel mundial. Fue justamente en el transcurso de estos quince años que los puntos de fricción en la política internacional alcanzaron un grado sin precedentes, nuevos Estados han ingresado a la escena internacional y todas las grandes potencias se reorganizaron militarmente. La consecuencia de todo ello es que los antagonismos se han agudizado a un grado jamás visto, y el proceso se profundiza más y más, puesto que por una parte el fermento en Oriente crece día a día, y por la otra cada acuerdo entre las potencias militares se convierte en punto de partida de nuevos conflictos. La Entente Reval entre Rusia, Gran Bretaña y Francia que, según Jean Jaurés, era una garantía para la paz mundial, agudizó la crisis en los Balcanes, detonó la revolución en Turquía, condujo a Rusia a la intervención militar en Persia y produjo un acercamiento entre Turquía y Alemania, lo que a su vez agudizó las tensiones anglo-germanas. El Acuerdo de Potsdam agudizó la crisis en China y la guerra ruso-japonesa tuvo el mismo efecto.

Por eso, con sólo observar los hechos, quien se niegue a comprender que los mismos dan lugar a cualquier cosa menos la mitigación de los conflictos internacionales y la paz mundial, está cerrando sus ojos.

En vista de todo ello, ¿cómo es posible hablar de una tendencia hacia la paz en el desarrollo burgués que neutralizará y superará las tendencias bélicas? ¿Dónde se refleja? ¿En la declaración de Sir Edward Grey y en la del parlamento francés? ¿En el “cansancio armamentista” de la burguesía? Pero los sectores pequeños y medianos de la burguesía siempre se han quejado del peso del armamentismo, así como se quejan de la liquidación de la libre competencia, de las crisis económicas, la falta de conciencia que demuestran los especuladores de la bolsa, el terrorismo de los cárteles y trusts. La tiranía de los magnates de los trusts norteamericanos ha provocado una rebelión de amplias masas populares y un fatigoso procedimiento legal antitrust de parte del Estado. ¿Acaso los socialdemócratas lo interpretan como síntoma de la limitación del desarrollo de los trusts? Más bien miran con simpatía la rebelión de los pequeños burgueses y sonríen con desprecio ante la campaña estatal. La “dialéctica” de la tendencia burguesa hacia el pacifismo, que se suponía iba a neutralizar y superar su tendencia bélica, es una prueba más que confirma la vieja verdad de que las rosas de la dominación capitalista tienen también espinas para la burguesía, que ésta prefiere mantener en su cabeza sufriente lo más posible, a pesar del dolor y la pena, antes que perder las espinas junto con la cabeza si sigue el consejo de los socialdemócratas.

Explicárselo a las masas, destruir implacablemente toda ilusión respecto de los intentos burgueses de lograr la paz, afirmar que la revolución proletaria es el primer y único paso hacia la paz: ésa es la tarea de los socialdemócratas respecto de las engañosas desarmamentistas, ya estén engendradas en Petersburgo, Londres o Berlín.



Boletín del Grupo de Trabajo
Estados en disputa

Número 2 · Julio 2022